

CAPITULO CII.

GOBIERNO INTERINO DEL LICENCIADO DON JUAN DE BALMACEDA.—

DECLARAN LOS INDIOS LA GUERRA I ATACAN LOS ESTABLECIMIENTOS DE LA FRONTERA.

En el mismo dia que falleció el mariscal de campo don Antonio Guill, tomó el gobierno de Chile el licenciado don Juan de Balmaceda, natural de los reinos de España, oidor decano de aquella Audiencia, por ministerio de las leyes 11 i 14, título 14, libro 2.^o de la recopilacion de Indias que lo previenen, i

lo trasladó a noticia [del virei del Perú para que usase de sus facultades sobre este punto, i aquel jefe sin innovar cosa alguna le remitió un pliego cerrado, i sellado con orden de abrirle al tercero dia de la llegada a la capital de dicho reino del mäiscal de campo don Francisco Javier de Morales, que se hallaba en Buenos Aires con destino a la ciudad de Lima en la clase de inspector jeneral de las tropas del Perú, i gobernador de la plaza del Callao.

Luego que tomó posesion del gobierno, comenzó a tratar de los asuntos críticos de la frontera; pero declarado a favor del reverendo de la Concepcion con tanto mas empeño, cuanto tuvo su antecesor en sostener al maestre de campo, i con esta conducta dió márgen para que tomase mas cuerpo la oposicion que tenian estos señores. El reverendo obispo hablaba de la estabilidad de la paz con los indios, i el maestre de campo de su poca solidez, pronosticando un rompimiento jeneral que no tardó mucho sin verificarce porque mal contentos los pehuenches se notaba en ellos demasiada inquietud; i tanto éstos como los subandinos i de llanos hacian frecuentes irrupciones en las estancias de la plaza del Nacimiento.

Se aclaró mas esta sospecha con haber quitado los pehuenches en sus tierras de los Andes mas de quinientas mulas de carga con sus correspondientes avíos a los españoles, (enero de 1769) que con su anuencia traficaban en las salinas acompañados de ellos mismos que hacian unidos la expedicion. Aunque se procuró graduar de indiferente el hecho, él a la verdad fué prueba bastante decisiva de infidelidad. Reconvenidos de algunos amigos suyos españoles, chilenos, se disculpó el cacique Lebian asegurándoles haberlo ejecutado por consejo del capitan don Jacinto Arriagada, comandante de la plaza de Tucapel. Esta fué patraña mui propia de unos hombres a quienes siempre fué desconocido el pais de la verdad; mas no dejó de hacer impresion en los ánimos entregados a la sospecha, i poseidos del espíritu de parcialidad. Se esparció la voz de que el maestre de campo exasperaba a los indios por medio de sus correspondales en la frontera, i los inducian a un rompimiento de guerra para deslucir al reverendo obispo. Se fundaba este malicioso pensamiento, en que los tenientes don Laureano Bueno i don Juan Cotera, comandantes de las plazas de Santa Bárbara, i de los Anjeles eran íntimos amigos del maestre de campo, i sus favorecidos, i el de Tucapel su pariente mui cercano, i atribuia a maniobra i tramoya de este jefe lo que fué maldad de otros, i efecto de los limitados talentos de aquellos oficiales, i demasiada inconsideración i mucha imprudencia en el gobierno

que debian tener con los indios: pero no quedaron sin resultas, i fueron separados del mando de aquellas plazas. I todavía tuvo peores consecuencias este negocio porque de estas cavilosas imajinaciones creidas del reverendo obispo se siguió el informe que su ilustrísima dirigió al virei del Perú quejándose de que el maestre de campo le frustraba la pacificacion de los indios. No me detengo a vindicar a este jefe porque la calumnia es de tal naturaleza que por sí misma queda desvanecida, i solo en la notoria bondad de aquel reverendo obispo pudieron insinuarse los maldicientes de un modo tan maligno sin ser descubierta su iniquidad. Yo fuí testigo ocular de todos estos ocurso i sus incidencias, i nada mas hubo que la grosera imprudencia de los espresados oficiales que inconsideradamente se dejaron conducir por ciertos espíritus revoltosos a tan enorme iniquidad de que me consta haber estado inscio el maestre de campo; ya todos dieron cuenta a Dios de su flajicosa conducta.

En esta poco favorable situacion se hallaban estos usuntos, cuando en los pehuenches se advirtieron movimientos de guerra nada equívocos, que dieron mérito para aumentar precauciones en las plazas i fuertes de la línea divisoria, i sus comandantes pasaron repetidos avisos al maestre de campo. Este jefe, sin perder momento, marchó para la frontera (29 de noviembre de 1769), i ya no le fué posible cortar la rebelion, porque ántes de su arribo a la plaza de los Anjeles declararon la guerra con una irrupcion sobre el teniente español. Salieron a la isla de la Laja dos escuadrones de sus tropas. El uno de ochocientos hombres por la abra denominada Antuco, que forma en los Andes el río Laja, al cargo del toqui Pilmigerenunantu, que por muerte de Peguey-pil mandaba la jente de guerra que tenía este capitán, i campó en la montaña de las Canteras, desde donde devastó una gran parte de la isla. El otro de quinientos combatientes, por la que hace el río Duqueco, i se denomina Villacura, a las órdenes del toqui Lebian, a quien se había agregado la tropa del capitán Coliguir, i saqueó todas las avenidas de aquel río por ámbas riberas.

Llegó el maestre de campo a la plaza de los Anjeles (1.^º de diciembre de 1769). Allí tuvo puntuales noticias de la situación i fuerza de los enemigos, i hallándose con ochenta soldados veteranos, i un mil de milicias de caballería, no se resolvió a hacerles formal oposición, justa i prudentemente receloso de que no le fuese aprobada del gobierno su resolución. Por otra parte, consideraba las malas consecuencias que debian seguirse si se les dejaba quietos en posesión de un punto ventajoso para hacer una segura retirada por cualquiera de los dos boquetes

espresados. Puesto en tan peligrosos estremos, por no dar márgen al gobierno contra su conducta, i no dejar de incomodar a los enemigos, tomó el arbitrio de enviar contra Pilmi una partida de doce dragones, doscientos hombres de arma blanca de milicias de caballería, i ciento veinte indios bien armados i montados de la fiel parcialidad de Santa Fe, que tienen bien merecida fama de animosos, a las órdenes del sargento de dragones Bueno Gaete, soldado de experimentado valor, para que, con pretesto de poner una avanzada o de reforzar la que no habia, les diese una sorpresa, i a esta partida se agregaron, conducidos de su fatal destino, algunos españoles mercaderes, chilenos i europeos, con armas de fuego. Dista la plaza de los Anjeles cinco leguas del paraje donde se hallaban los enemigos; pero guiados de don Miguel Ayarce i de don Miguel Monteros, dependientes de don Ramon Zañartu, dueño entonces de aquella estancia, hicieron por rodeo, i estravíos, sin necesidad, una inconsiderada marcha de toda la noche. A las siete de la mañana del siguiente dia llegó la partida al campamento de los pehuenchés, que estaban desmontados, dispersos, i descuidados, por la satisfaccion de que en tres dias no se les habia hecho oposicion. Pero fatigados los caballos españoles, i la partida sin oficial que dirijiese sus operaciones, no supieron aprovechar la ocasion. Todo fué desgreñado. Unos quitaban caballos de los enemigos, i marchaban con la presa; otros huian amedrentados; i los mas esforzados no acertaban, como bisoños, a tomar partido. Con este método dieron tiempo a los enemigos para que montasen a caballo, i reunidos cargaron contra los españoles, que ya se habian atrincherado en el vallado de una sementera (3 de diciembre de 1769). Allí hicieron toda la defensa posible, i perecieron todos los animosos, siendo víctimas de la temeridad, i de la inconsideracion, mas bien que de un prudente valor.

Los enemigos lograron una completa victoria: mataron treinta españoles chilenos i cuarenta i siete indios de la parcialidad de Santa Fe; tomaron cuatro esmeriles, los fusiles de los dragones que perecieron, las espadas, i escopetas de los mercaderes, que todos murieron, muchas lanzas i veinte cabezas de ganado vacuno i caballar, sin otra perdida que la de once hombres. (115) Se mantuvieron en el mismo puesto sin que se les incomodara, i ya la inaccion, que ántes tuvo justo motivo, pasó a ser delincuente, i vergonzosa. Con esta irresolucion se amedrentaron los indios auxiliares, i la tropa de milicias, porque atribuyeron a esfuerzo i valor de los pehuenchés lo que fué falta de direccion en los españoles.

El toqui Lebian no quiso ser ménos, i atacó la plaza de Santa Bárbara (5 de diciembre de 1769), con tal ímpetu, que pareció intentaba entrarla por asalto. Incendió la villa, i no obstante las buenas disposiciones de su comandante el capitán don Patricio Nolasco Güemes Calderon i el continuo fuego de la artillería, i fusilería, se llevó considerable porcion de ganado, aunque con pérdida de mucha gente, cuyo número no fué posible saber porque a todo costo ocultan los muertos para no dar ánimo a su enemigo.

Miéntras que los pehuenches devastaban los términos de las Canteras i Duqueco, se iban acantonando las tropas españolas en la plaza de Yumbel, bajo las órdenes del teniente coronel don Antonio Narciso de Santa María. Luego que se vió este oficial con sesenta i siete soldados veteranos a las órdenes de un capitán i dos subalternos, i con ochocientos milicianos, pensando con espíritu militar i persuadido de que la permanencia de los pehuenches en el territorio español era efecto de demasiado orgullo por la victoria referida, i reflexionando tambien que el maestre de campo ya tenia un mediano cuerpo de tropa compuesto de trece oficiales, setenta i ocho soldados veteranos, i mas de dos mil de milicias con sus respectivos jefes, i oficiales, le escribió haciéndole presente no era regular permitiese que los enemigos se mantuviesen tantos dias dentro de la frontera con desprecio de las armas del rei, i mucho ménos que se les dejase retirar sin castigar su osadía; i pasó a proponerle que él pasaría el río Laja por la plaza de Tucapel, enviaría una partida que cubriese el boquete de Antuco, i atacaría al famoso Pilmi por la espalda, i que el maestre de campo hiciese ocupar el de Villacura, i lo atacase por el frente. En verdad que tomadas aquellas dos avenidas de los Andes, i cojidos entre dos fuegos, no podían los pehuenches evitar su derrota, i en aquel mismo momento se hubiera terminado, con honor de las armas españolas i terror de los indios, aquella guerra, que despues dió mucho que hacer, i causó el desembolso de mas de dos millones de pesos, i quedaron los indios insolentados hasta hoy con desprecio de la nación conquistadora, porque los jefes posteriores a esta guerra la han hecho su tributaria con el pretesto de mantenerlos en paz, como lo iré demostrando, poseido, i conducido de verdadero i desinteresado amor al soberano i a su real corona.

El pensamiento del teniente coronel Santa María no fué adoptado por el maestre de campo, i se le contestó "que los enemigos con quienes se pretendía pelear eran mui feroces, i esforzados; que la acción era mui dudosa, i perdida se aventu-

raba todo el reino," i concluyó mandándole marchar a la plaza de los Anjeles por el camino real. Se obedeció la orden, i llegamos la noche del 8 de diciembre (1769).

Con la llegada de este escuadron, tuvo el maestre de campo a sus órdenes diecisiete oficiales, ciento cuarenta i cinco soldados veteranos, i mas de tres mil de milicias de caballería. Con este motivo, los oficiales veteranos insistiamos proponiendo la salida contra Pilmi, que aun se mantenía en la estancia de las Canteras (9 de diciembre de 1769); pero no quiso dar márgen al gobierno que siempre se le había manifestado impropio, i se negó a la propuesta expedicion. Esta renuencia dió mérito para que sus émulos, que allí mismo tenía algunos verdaderos, i otros imaginados murmuraron públicamente de su conducta, i calificaron de cobardía la inaccion. Si tuvieron razon para ello, prescindo i no decidí, pero afirmo que no hicieron bien, i porque nunca se debe poner en duda el valor del que manda, pues es modelo de todos, i su ejemplo infunde ánimo a la tropa o le quita.

CAPITULO CIII.

SE RETIRAN LOS PEHUENCHES.—LOS SUBANDINOS ATACAN LA PLAZA DE PUREN, i ES SOCORRIDA.—LEVANTA EL MAESTRE DE CAMPO UNA COMPAÑIA DE FORAJIDOS.—VUELVE LIBIANTU SOBRE LA DE SANTA BÁRBARA, i SE RETIRA.

Al favor de esta inaccion se retiraron los pehuenches con toda la brillantez de un enemigo vencedor, (10 de diciembre de 1769) i los indios de los llanos, que aun no se habian declarado, viendo el éxito feliz de las armas de aquéllos, i la inaccion de los españoles, tocaron sus cornetas los subandinos bajo la conducta del toqui Ayllapagui, i avanzaron a la plaza de Puren (12 de diciembre de 1769) con tal tezon, que no les amenazaba el fuego. Se llevaron los ganados que estaban abrigados del cañon, i quedó la guarnicion sin víveres; pero como este enemigo no sabe aprovechar las ocasiones, no hubo resultas.

Luego que se apoderó Ayllapagui de todo el ganado, se retiró, i el capitán don Bernardo Recalde, comandante de aquella plaza, avisó el mal estado de su fortificacion, i la falta de víveres; i a su consecuencia dispuso el maestre de campo que el capitán don Diego Freire, natural de la Coruña, saliese a su socorro con un escuadron de quinientos hombres, i se le dió orden para que despues de socorrido aquel establecimiento, ba-

tiese la ribera del Biobio hasta la plaza de Santa Bárbara. Se verificó la salida (13 de diciembre de 1769), i el socorro de Puren, sin oposicion, pero no la descubierta del Biobio, porque aquella misma noche se le pasó órden para que al siguiente dia regresase a la de los Anjeles, i la obedeció sin perder momento.

Sin embargo de la falta de intelijencia con que los enemigos atacaban inútilmente las plazas i fuertes de la linea, tenian sobresaltada la frontera, i el maestre de campo esperando la resolucion del gobierno para orientarse de su modo de pensar sobre este negocio, que se habia hecho el mas peligroso de la comandancia jeneral de aquella frontera, en nada pensaba sino en buscar el mejor modo de contenerlos, sin esponer la tropa, ni empeñarla en una accion decisiva. I puesto en estas críticas circunstancias, tomó el arbitrio de levantar una compañía de los ladrones, salteadores, asesinos i malhechores que estaban detenidos en las cárceles, i de los que andaban fujitivos i perseguidos de los jueces por iguales delitos, concediendo a todos indulto jeneral. En los principios de esta abortiva creacion, se empleaban útilmente aquellos malvados en espiar a los enemigos, pero poco despues volvieron a sus depravadas costumbres, i a la sombra de la comision que se les dió destruyeron el territorio de la Laja, robando i cometiendo los mas execrables excesos; i como si fueran bestias feroces, degollaban a cuantos indios cristianos encontraban, de uno i otro sexo, aunque fuesen de la servidumbre de los españoles, dueños de las estancias de aquel distrito. No pudieron aquellos perversos hombres dejar en duda sus feroces sentimientos contra la humanidad. Se presentaban ufanos en la plaza de los Anjeles a manifestar al maestre de campo las cabezas de indias e indios cristianos, i de paz, que residian en aquellas estancias dentro de la frontera, donde ningun mal podian hacer, i se miraban sin compasion i aun sin horror. Séame permitido decir, en desahogo de los sentimientos de la humanidad de que era penetrado cuando fuí testigo ocular de estas crueldades, que fueron estas inocentes víctimas sacrificadas a las furias infernales en las aras del mas vergonzoso temor. El doctor don Domingo Villegas, párroco de aquella miserable jente, tambien las presenció muchas veces, i me habló del sentimiento que le aflijia porque no las podia remediar, i pasó noticia de esta tiranía al reverendo Obispo, pero nada se adelantó, sino hacerle participante del doloroso sentimiento que causaba aquella horrorosa carnicería. Hasta hoy lleva aquel, muchas veces infeliz territorio, el peso de la divina indignacion en justa venganza de esta

inocente sangre, i de otra que despues se derramó sin compasion en el mismo distrito, que bien pudiéramos llamarle cadalso de la inocencia.

Esta cruel, sanguinaria, brutal operacion, hija del miedo, llegó a noticia de los enemigos, pero lejos de arredrarles, parece haberlos irritado mas. Volvió Lebian sobre la plaza de Santa Bárbara (23 de diciembre de 1769) i el maestre de campo celebró junta de guerra para deliberar sobre su socorro. No faltaron buenos oficiales que propusiesen la salida del ejército a campana; pero desechada esta proposicion, se resolvio marchase el capitán Freire con cinco subalternos, sesenta i ocho soldados veteranos, i mil de milicias de caballería, con orden de dirigir las operaciones de esta salida consultándolas con el teniente don Laureano Bueno. Salieron de la plaza de los Angeles al ponerse el sol (24 de diciembre de 1769), i este oficial, contra el dictámen comun, les hizo hacer una inconsiderada marcha por caminos estraviados, sin necesidad para ello, de modo que cuando amaneció el siguiente dia, se hallaron con los caballos fatigados, disperso el escuadron, i a la vista del campamento enemigo, situado cerca de la plaza de Santa Bárbara, en el paraje denominado el Durazno. No sé por qué Freire i sus subalternos no unieron prontamente su escuadron, i le atacaron sin darle tiempo para montar a caballo, ni ellos mismos supieron, ni saben aun dar razon de su inaccion en aquellas tan ventajosas circunstancias. Les sorprendió la presencia del pequeño escuadron de bárbaros, que no pasaba de quinientos hombres, i la tercera parte eran mujeres, que regularmente siguen a sus maridos en la guerra.

Freire nada mas hizo que pasar aviso al maestre de campo de la situacion de los enemigos, pidiéndole mas jente, i al instante le enviaron otros quinientos hombres. Pero Lebian, que conoció el temor del comandante español, i de sus subalternos, tanto por la inaccion como por la prohibicion intimada a la tropa veterana para que no hiciese fuego, i a la milicia para que no entrase en funcion singular con los bárbaros, que salian a retarle mientras el todo de su escuadron montaba a caballo, aprovechó la ocasion, i trató de retirarse. No lo hubiera alcanzado si aquella expedicion se hubiera encargado a oficiales de experiencias militares, que habia algunos, o si se hubiera seguido su dictámen sobre la salida del ejército.

De allí pasó Freire a la plaza de Santa Bárbara, e informado de su comandante del corto número de las tropas del pehuenché, e increpado por la clase de ellas, que ya dijimos se componia de mujeres, quiso enmendar el defecto, i salió en su

seguimiento. En efecto, les alcanzó marchando en pequeñas partidas que conducían el ganado tomado en las inmediaciones de la plaza, lo represó, i les mató cuarenta hombres, i les hizo prisioneras dos mujeres para irrefragable argumento de la clase de aquellas tropas, cuya vista le sorprendió.

No fué Lebian comprendido en esta desgracia, porque conociendo que se le debía dar alcance, con las fuerzas cuadripli-cadamente superiores a las suyas, se separó con veinte de sus camaradas, i atravesando el río Duqueco, dejó el camino real de los Andes, i se ocultó en una montaña desde donde observó la pérdida de su gente, i los movimientos de Freire. Este se retiró a la plaza de los Anjeles, donde fué recibido con las mayores aclamaciones de alegría. Se cantó una misa en acción de gracia, i se hicieron repetidas salvas con la artillería. Ya se dejaba entender como iba aquello que se hacia tanto aplauso a la cobardía. Ello es así, que los progresos de aquella guerra se pusieron en tal mal estado, que erradas i mal dirigidas las expediciones, solo porque no salian del todo mal se entonaba el *Te Deum*.

CAPITULO CIV.

SE LEVANTA UN REDUCTO EN EL BOQUETE DE ANTUCO.—VUELVE LEBIAN TERCERA VEZ CONTRA LA PLAZA DE SANTA BÁRBARA, I SE RETIRA.—SALE EL MAESTRE DE CAMPO A CAMPAÑA, I ES LLAMADO DEL GOBERNADOR A LA CIUDAD DE LA CONCEPCION.

Las continuas irrusiones de los pehuenches pedían la fortificación de los boquenes o puertos de los Andes que conducen a la isla de la Laja, i el maestre de campo determinó se hiciese. Para esto acordaron levantar un reducto en el de Antuco, sobre el confluente de los ríos Tubunléu i Laja. I porque en aquellos remotos países están persuadidos de que todos los extranjeros son insignes matemáticos i excelentes ingenieros, el 28 de diciembre de 1769, día de los inocentes, confiaron este cargo a don Ambrosio O'Higgins de Vallenar, vasallo del rey de Inglaterra, que por haber tenido la desgracia de quebrar en cantidad de pesos en efectos comerciables con que le habilitó el comercio de Cádiz, para que pueste en una lonja de la ciudad de Lima en el Perú, los vendiese, se dedicó a servir de aventurero en aquella frontera el 26 del espresado diciembre. Le dió el maestre de campo para esta expedición un escuadrón compuesto del capitán don Francisco Arriagada, del subteniente

don Andrés de Alcázar i Zúñiga, hoy conde de la Marquina, veinticinco dragones veteranos i seiscientos milicianos de caballería con su comandante don Manuel Seguel. Buen principio para entrar a servir es comenzar por donde acaban otros, i a donde muchos oficiales de mérito jamás pudieron llegar; pude mucho la precaucion.

Puesto don Ambrosio en el paraje (31 de diciembre, 1769) i reconocido el sitio para la fortificacion, pensó adelantar algo a su comision, i sin orden ni noticia de los jefes resolvió buscar a los pehuenches en las cordilleras de los Andes. Propuso la idea a los capitanes Arriaga i Seguel i a los principales oficiales que tenía a sus órdenes, i éstos aprobaron el pensamiento i se profirieron a la expedicion. En la primera marcha de esta peligrosa expedicion (2 de enero de 1770) llegaron al paraje nombrado los Chacayes, cerca del elevado monte del volcán de Antuco, al oeste de él, i camparon sin disposicion ni orden militar. (porque don Ambrosio no tenía de militar mas que ocho días) las ordinarias formalidades i precauciones que debe observar cualquiera tropa que marcha, principalmente en país enemigo, i cada uno echó pie a tierra en donde le pareció que estaría mas acomodado para pasar la noche. En la segunda pasó al valle de la Cueva, situado al oriente del primer cordón de los montes andinos, i cada uno hizo el alojamiento donde halló paradero para que pasturase su caballo. Seguel i otros oficiales de milicias i el mismo don Ambrosio me orientaron en el desgreño de esta expedicion, i añadió el último que si hubiera sido atacado de cincuenta pehuenches, todos hubieran perecido. Conoció Seguel el evidente peligro a donde los conducía la honrosa ambición de don Ambrosio, i manifestó a sus oficiales i a otros labradores, sus camaradas, su intención de no pasar adelante, ántes sí, la de volverse. "Vamos vendidos (les dijo) con este modo i sin la mas remota esperanza de premio, pues saliendo bien (que es caso negado) de esta desgreñada expedicion, don Ambrosio hará abultados papeles para sacar un gobierno i nosotros no saldremos de la esfera de labradores trabajando en nuestras estancias." Don Ambrosio, que no estaba distante del alojamiento de Seguel, oyó la conversación; i aprovechándose del aviso de su infalible derrota, determinó la retirada al ideado redueto, que era el verdadero, único i útil objeto a que fué comisionado. No se olvidó don Ambrosio de la reflexión de Seguel, i cuando ya se vió en mediana elevación hacia memoria del pronóstico.

Al mismo tiempo que el maestre de campo hacia marchar a don Ambrosio con destino de fortificar el punto de Antuco,

juntaba Lebian su jente para repetir otro ataque contra la plaza de Santa Bárbara, i por eso no fué don Ambrosio descuberto de los pehuenches en la expedicion de la Cueva i logró regresar sin esperimentar su ruina; lo reservaba la fortuna para instituirlo su primojénito. Con su acostumbrada bizarría atacó Lebian tercera vez la plaza de Santa Bárbara (28 de diciembre de 1769). Su comandante lo puso en noticia del maestre de campo i le avisa la escasez que tenia de municiones de guerra para defenderse con la espresion de no quedarle pólvora para tres horas de fuego. Se repitió otra junta de guerra i fué el incendio de Troya; reventó la mina que ardía en los corazones de los buenos i animosos oficiales. Propusieron la salida del ejército como indispensablemente necesaria para socorrer aquella plaza i cortar a Lebian la retirada tomándole el boquete de Villucura. La resistió el maestre de campo con todo el peso de la autoridad i se volvieron contra él aun sus mismos amigos i partidarios. Los émulos que tenia en la junta con maliiosa moderacion callaban i le dejaban errar i sus amigos vocaban i le improperaban de cobarde; de modo que se concluyó la junta sin concluir cosa alguna. I para ocurrir al objeto de su convocacion mandó el maestre de campo que Freire i el teniente don Bernardo Baeza, íntimo amigo suyo, marchase con quinientos milicianos de caballería i condujese a la de Puren otro repuesto de víveres, i a don Antonio de Ugarte, teniente de la compañía de dragones de la reina, con dieziocho soldados de ella para refuerzo de su guarnicion, i que puesto sobre la ribera del Biobio, a vista de aquella plaza, se me permitiese elejir doce milicianos i con ellos pasase a la de Santa Bárbara, con órden de poner en ella, a todo costo, cuatro quintales de pólvora que se me entregaron en dos barriles. Don Domingo Alvarez Ramirez, natural del Ferrol, ayudante mayor graduado de capitan que hacia las funciones de sargento mayor, uno de sus amigos i el que mas le habia improperado de cobardía, todavía enardecido decia que habia otros capitanes i mas antiguos que Freire; que la introduccion de la pólvora en la plaza de Santa Bárbara, bloqueada por Lebian, era dudosa como lo manifestaba la órden de verificarla a toda costa; i que no se sacrificaba a un oficial con tan corto número de tropa, sino en el caso de seguirse del sacrificio la salud del ejército, que bien seguro estaba debajo de las murallas de la plaza haciendo gastos al erario sin utilidad. Secamente se le contestó que hiciese lo que se le mandaba sin replicar. Se nos dió la órden i aprontada la tropa (28 de diciembre de 1767), marchamos dentro de media hora i al anochecer el mismo dia estuvimos sobre Pu-

ren. Quedó Ugarte en ella. Freire regresó a la de los Anjeles i yo aquella misma noche emprendí mi marcha para la de Santa Bárbara, i al amanecer el dia siguiente a vista de los enemigos me puse bajo el cañón de la plaza i entré en ella con felicidad, de cuya resulta abandonó Lebian sus ideas i regresó a su país.

En estas circunstancias tuvo noticias el maestre de campo de que el gobernador estaba cerca de llegar a la ciudad de la Concepción i se vió en la necesidad de tomar otras medidas i variar de idea. Resolvió entonces poner en movimiento el ejército con designio de municionar las plazas de la línea i de pasar al boquete de los Andes de Villucura i levantar un pequeño fortín (3 de enero de 1770) en el paraje llamado San Lorenzo. Se puso al fin en campaña despues de haberlo rehusado en ocasiones oportunas que le hubieran sido mui favorables i llegó a la plaza de Santa Bárbara. Puso su campamento bajo el cañón de este establecimiento con la espalda, i a la izquierda cubierto con la barranca del Biobio, i sus fosos i el costado derecho bien resguardados con los edificios del hospicio de religiosos misioneros del Colegio de Propaganda, donde tomó su alojamiento. Aquella noche no lo pasaron bien, estuvieron sobre las armas porque una patrulla de las tropas milicianas al ¿quién vive? de otra respondió en idioma pehuenche i ésta se sorprendió i dió parte sin reconocerla; orientado el maestre de campo de esta novedad mandó tocar la jeneral, tan sobresaltado estaba, que pocos días ántes la había mandado tocar en la de los Anjeles una vez a las once de la mañana porque el aire levantó polvareda a distancia de una legua, i otra porque desfilando a media noche un rebaño de cabras por las inmediaciones de un baluarte, hallándose este jefe en él, le pareció tropa de caballería, i no respondieron al quién vive sin duda porque aquellas cabras no entendian el idioma i formalidades militares. Yo, que siempre he gozado de temperamento sosegado i de un espíritu filosófico, me reia interiormente de estas bufonadas i procuraba disculparlas cuando los parleros i fogosos las murmuraban.

Allí dispuso el caballero maestre de campo que pasase al sur del Biobio una partida de veinticinco soldados de caballería veterana i cuatrocientos cincuenta milicianos, i porque estaba decretado que todo lo había de errar, lo estaba tambien que las comisiones de poco riesgo i problemática ventajosas las encargase a sus amigos i partidarios con esclusion de los del partido del reverendo obispo i aun de los indiferentes, i de esta última clase éramos algunos subalternos. Dió la presente al teniente don Laureano Bueno con orden de sorprender a Col-

hueman i Pichuncura, conocido éste por el apodo Monte de Pollon, capitanes de las parcialidades de Quilacura i Rucalhué, i para divertirlos se movió hacia los Andes, barajando la ribera septentrional del Biobio i campó en las llanuras de Coinco, tres leguas cortas mas arriba de la plaza, río por medio, al frente de las parcialidades espresadas. Estos, abandonadas sus chozas por espuestas a una sorpresa, se internaron media legua mas adentro, i se hallaban inmediatos a una montaña cosechando una sementera de trigo escoltados de cuarenta indios armados. Adquirida esta noticia i la del paraje de su situación por un indiecito que hicieron prisionero, el teniente Bueno, que ya tenía dadas pruebas de poca animosidad, se arredró imaginando un cuerpo de pehuenches superior al que llevaba a sus órdenes, que cuando fué comandante de la de Santa Bárbara debió saber que no le había ni podían tenerle aquellos capitanes, i con el pretexto de no tener orden para buscar a los enemigos en la montaña sino en la llanura de su ordinaria residencia, malogró la ocasión de desbaratar la pequeña partida de Colhueman i Pichunmanque, que sin duda hubieran sido muertos o prisioneros.

Cayó, en fin, sobre las chozas que halló solas i sin mueble alguno, i las entregó a las llamas. De allí se retiró muy desairado, i repasó el Biobio; mas no se le hizo cargo de su desacuerdo aunque fué notorio, i se miró con disimulo al favor de la decapitación de nueve pehuenches que hicieron los de la campaña de forajidos en el paraje donde debía obrar el oficial.

Miguel Riquelme, hombre flajeriosísimo, capitán de esta compañía de bestias feroces, con doce de estos tigres, i dos soldados de caballería veterana, disimuladamente se separó de la partida, i marchó en solicitud de sorprender a aquellos capitanes. Entró en función con ellos, i a vuelta de escaramuzas les mató los nueve pehuenches que dijimos, les hizo huir, les quitó algunas indiecas, i ni uno de los quince volvió sin presa.

Luego dejó el maestre de campo aquel campamento, i apartado del útil pensamiento de fortificar el boquete de los Andes de Villucura, deshaciendo sus marchas por la misma vereda, volvió a la plaza de los Anjeles (enero 8 de 1770). En ella se halló con orden del gobernador, que ya había llegado a la ciudad de la Concepción con cuatro compañías de infantería i caballería de milicias de la capital, i nada satisfecho de sus operaciones militares, le mandó bajar a su presencia, i que dejando en la isla de la Laja una columna de mil hombres a las órdenes de un capitán con dos subalternos para defensa de la línea, condujese la demás tropa veterana, i de milicias hasta la villa Gual-

qui, situada sobre el Biobio, seis leguas al sur de la Concepcion, en donde debia quedar a las órdenes del teniente don Bernardo Baeza para disponer de ella. Se obedeció la disposicion del gobernador, i quedamos con la columna de la Laja, Freire, el teniente don Francisco Bello en calidad de primero i segundo comandante, i yo en la de ayudante. El maestre de campo salió para la Concepcion, i verificó su marcha con mas de tres mil hombres en treinça i seis horas, con tanta celeridad que quedaron estropeados los caballos (enero 10 de 1770), e incapaces de servir en aquel verano, i presentado al gobernador fué recibido con desaire.

CAPITULO CV.

ATACAN LOS ARAUCANOS LA PLAZA DE ARAUCO, I LA SOCORRE EL REVERENDO OBISPO DE LA CONCEPCION.

Los indios de los estados de Arauco i Tucapel, que se mantenian en espectacion del suceso de las armas andinas, i subandinas, viendo los rápidos progresos de aquellas, i que no les fué malo estar en el ataque de Puren, juntaron su ejército a las órdenes del toqui Calicura, i declararon la guerra. Don Manuel Salcedo, comisario jeneral de caballería, i comandante de la plaza de Arauco (enero 4 de 1770), tomólas para sus defensa, i pasó oficio al reverendo obispo de la Concepcion que por especial comision del gobernador mandaba aquella ciudad, de hallarse aquella plaza amenazada de fuerzas superiores a su guarnicion pidiéndole la reforzase.

En efecto, nada tardó Calicura en verificar la noticia que se le dió al reverendo obispo i se presentó fuera del tiro de cañon con un cuerpo de dos mil hombres. Batió toda la campaña inmediata, incendió casas i sementeras, i asoló todo aquel territorio. Entrada la noche se arrimó a las murallas i principió los ataques procurando al propio tiempo incendiar sus edificios con fuegos arrojadizos, pero rechazado se retiró.

Cuatro dias despues volvió a la empresa, i dispuso que uno de sus capitanes asaltase la casa fuerte del cerro Colorado, que la mandaba el subteniente don Antonio Salcedo. Aquel cerro domina la plaza, i tomada la casa fuerte es fácil incendiárla, que era la idea del araucano i por eso lo intentaba a todo costo. Tuvo en grande aprieto al pequeño destacamento que la defendia, forzó el foso, i al salvarle fueron levemente heridos el comandante i cinco soldados, pero acertaron a quitar la vida al capi-

tan que dirijia el asalto, i desistieron los indios del empeño, retirándose con pérdida de mucha gente.

Mas con todo no perdió Calicura la esperanza de rendir la plaza, i pasados dos dias volvió a atacarla por Colocolo, por su frente i costados; i aunque rechazado repitió los ataques con mas vigor la noche del siguiente dia i con tal tezon que intentó derribar una cortina de su muralla cavándola con las lanzas i puñales, pero repentinamente abandonaron la empresa retirándose con precipitacion. I fué el motivo haber tenido aviso de dejarse ver por Laraquete un cuerpo de tropas españolas, i sin hacerlas reconocer ni orientarse de su número i clase, resolvieron todos i cada uno la retirada sin guardar órden ni esperarla de su caudillo.

La tropa que avistó por Laraquete i dió mérito a su precipitacion eran doscientos milicianos de caballería que a las órdenes de los capitanes don Juan Antonio Martínez i don Juan José Quintana, vecinos i del comercio de la ciudad de la Concepción, enviaba el reverendo obispo para reforzar la guarnición de aquella plaza. Salió este escuadron (6 de enero de 1770) de aquella ciudad luego que el reverendo obispo recibió la carta del comisario Salcedo; pero puesto en la plaza de Colcura, que dista diez leguas de la de Arauco, i tomadas puntuales noticias de las operaciones de Calicura, entraron los temores que produjeron repetidas representaciones al reverendo obispo, hasta que fastidiado Quintana de este método se profirió entrar en Arauco a todo costo. A su ejemplo entró la tropa en animosidad, emprendió la marcha i llegó a la plaza sin oposición (12 de enero, 1770).

Calicura, que mandaba dos mil hombres, hubiera derrotado a estos españoles, pero como las tropas de los indios de aquel reino no tienen disciplina ni obediencia en semejantes casos, determina cada uno lo que le acomoda i no queda lugar al tocui para usar de las máximas de la guerra, i por eso malogran muchas ocasiones que les presenta la confianza de los gobernadores. Cuando ya estuvo Quintana bajo el cañón de la plaza, reconoció el araucano la cortedad de su número i la oportunidad que no supo aprovechar. Graduó de insuficiente este refuerzo para frustrarle sus ideas, i pasados siete dias se echó sobre el ganado vacuno i caballar cuando le retiraban de pasturar. Quito mas de doscientas reses, mató catorce soldados de milicias de caballería que le escoltaban i emprendió con el mayor ardor la rendicion de la plaza, continuando los ataques toda la noche hasta que la luz del siguiente dia le obligó a retirarse. Muchas veces logró que prendiese el fuego en algunos edificios, pero

siempre le apagaron las mujeres i niños a quienes estaba encargado este trabajo. Con tanto empeño avanzaron los araucanos aquella noche que adelantaron la brecha de la muralla hasta la mitad de su espesor, i se deja ver que les habia sobrado tiempo para concluirla i derribar aquellos muros, pues que careciendo de instrumentos a propósito para esta operacion, la pusieron en aquel estado con la dibilidad de las lanzas i puñales.

CAPITULO CVI.

ESPEDICION DE LOS ESPAÑOLES CONTRA EL ESTADO DE ARAUCO.— OPERACIONES DE ESTA CAMPAÑA EN EL PRESENTE GOBIERNO.

Orientado el gobernador en la ciudad de la Concepcion del empeñoso ardor con que intentaba Calicura la rendicion de aquella plaza, dispuso que el teniente coronel don Antonio Narciso de Santa María, hiciese la guerra a los araucanos i tu capeles hasta la Imperial, i recibidas las instrucciones que le dió el gobernador, tomó este oficial las providencias necesarias conducentes a pasar el Biobio con brevedad (17 de enero de 1770). Puesto en la ribera meridional de este río, marchó para el estado de Arauco con dos mil hombres de milicias de caballería, de las que condujo a la villa de Gualqui el maestre de campo una compañía de caballería veterana con sus respectivos oficiales don José Félix Araostegui, don Pedro Nolasco del Río i don Luis Estequel, don Juan de Ojeda, capitán de artillería i el teniente coronel don Alejandro Cambell en calidad de aventurero i otra de fusileros compuesta de los extranjeros avecindados en la capital que con su capitán don Reinaldo Breton, natural de Francia, se profirieron a servir en esta guerra (22 de enero, 1770), i puso su campamento en el campo de Carampangue, sobre la ribera meridional del río de este nombre que dista una legua corta de la plaza de Arauco.

Campado Santa María en las llanuras de Carampangue, cubierto por todos cuatro lados con el río que da nombre al paraje con el mar, i una ciénaga inaccesible que los araucanos llaman Budí, encerrado en una campiña donde puede alojarse un ejército de treinta mil hombres, orientó al gobernador de su ventajosa situación que no podía ser sorprendido en ella i estaba en proporción para socorrer la plaza en caso necesario, i este jefe le ordenó guardase allí mas tropa que meditaba enviarle para una formal expedición con los abastos, los útiles i

las armas ofensivas i defensivas que se acostumbran i son indispensables para pelear con enemigos de igual defensa.

En cumplimiento de esta órden se mantuvo cuarenta i cinco dias en Carampangue sin hacer otra cosa que procurar la conservacion de aquellas tropas milicianas propensas a la desercion, porque aunque hizo varias representaciones para que se le permitiese entrar al pais enemigo, no se lo permitió el gobernador. Siempre que los gobernadores de Chile se desentienen de observar en la guerra de los indios la conducta de sus primeros predecesores i los jefes subalternos no se resuelvan a hacerla del modo que en otro tiempo la practicaron los Corteses, Carreras, Ilurices, Bascuñanes i otros capitanes de fama, jamas se hará progreso ni se adelantará un paso. Para que los jefes de aquel reino hagan la guerra con utilidad i sin gastos supérfluos del erario no han de tener ni una consideracion con su individuo i deben salir a campaña del mismo modo que hacen salir a los capitanes i subalternos partidarios sin artillería, sin caballo de frisa, sin tiendas, sin picos, palas i azadones. En pocas palabras, se ha de hacer a los indios la guerra como ellos la hacen con mas animosidad i menos carruajes. La guerra con aquellos bárbaros lo es de cazadores, i para ésta i darseles algunos golpes de mano que ellos llaman malocas, con la espada, carabina i pistola es bastante, i todo lo demas es inútil i sirve de embarazo ni conduce para otra cosa que no sea para asegurar el bulto i éste mas bien guardado está en casa que en campaña. No salir a la guerra o hacerla con buen efecto i no como la presente que jamas tendrá justificacion tan crecido dispendio del erario i la seduccion de la corte a quien con abultados papelones se le hace creer acertada conducta, o la inaccion, o las erradas i mal dirijidas operaciones militares.

Luego que el jeneral araucano vió entrar a Santa María en el estado de Arauco, se retiró de las inmediaciones de la plaza i se propuso observarle los movimientos; i viéndole tan sosegado en el campo de Carampangue, concibió que aquella inaccion tenia principio de alguna debilidad de la que estaba mui distante la bizarría i animosidad de Santa María i resolvio sorprenderle la avanzada i quitarle la remonta. Para esta accion elejió cien araucanos de los mas animosos que repentinamente diesen sobre ella, i el 2 de febrero de 1770 lo ejecutaron quitando la vida a dos oficiales i dos soldados de milicias i llevándose trescientos caballos. No supieron aprovechar este golpe; entró la codicia i lo echó a perder. Se detuvieron para ocultarle a su jeneral los mejores caballos i dieron tiempo a que les diesen alcance trescientos hombres que envió Santa María

en su seguimiento i les quitaron la presa i la vida a mas de cuarenta. Conoció Calicura que la errada conducta de sus mocetones i no la suerte le había arrebatado de la mano esta victoria i no desistió de incomodar a Santa María. Le presentaba diariamente por aquellas cercanías algunas partidas sueltas para divertirlo i descuidarlo o tenerle siempre sobre las armas, hasta que en una de estas operaciones consiguió quitar el ganado vacuno i caballar de la plaza que por el dia le sacaban a pasturar. La experiencia del lance anterior les enseñó a no malograr éste. Cuando Santa María envió cuatrocientos hombres a las órdenes del teniente coronel don Alejandro Cambell para que les diese alcance, ya el araucano se había alejado con la presa.

CAPITULO CVII.

ATAQUE DEL FORTIN DE ANTUCO.—PROGRESOS DE LA EXPEDICION DE LOS ESPAÑOLES CONTRA LOS PEHUENCHES, I SUBANDINOS I LLANISTAS EN EL PRESENTE GOBIERNO.

Los pehuenchés, mandados por el famoso Pilmi poco satisfechos de las operaciones de los españoles que ya trataban de tomar las avenidas de los Andes, resolvieron atacar el reducto de Antuco. Al ponerse el sol el 20 de enero de 1770, trasmoncaron el cerro del Volcán i se mantuvieron en los Chacayes hasta que fué entrada la noche que se arrimaron al río Tubuleu sin ser vistos, porque no se apostaban centinelas en las alturas ni se hacían descubiertas en la única avenida por donde los enemigos podían entrarle. Antes de amanecer el siguiente día lo vadearon a pié, hallaron dormidos a los milicianos de la avenida colocada a poco mas de doscientas varas del reducto al sur de él sobre la ribera occidental del espresado río i mataron catorce hombres, que se hallaron en la eternidad sin saber cómo se les había proporcionado el viaje. Los demás despertaron con el ruido de las armas e hicieron hacia el reducto i entonces se pusieron todos sobre las armas a esperar a los enemigos que nada tardaron en acometer con intrepidez. Repitieron vigorosos avances por espacio de siete horas, pero con el fuego de la artillería i fusilería fueron rechazados.

Perdieron los enemigos ochenta hombres i pocos fueron los que salieron del ataque sin algo que curar, sin que se exceptuase su jeneral que llevó atravesado un muslo de un balazo. De los españoles muchos quedaron heridos con las flechas i cautos que arrojaron sobre ellos los enemigos i no pocos fallecieron

despues. Todo este escuadron estuvo espuesto a perecer si saliendo los pehuenches por el boquete de Villucura, que por el acelerado progreso del maestre de campo a la plaza de los Anjeles quedó descubierto, le hubieran cortado la retirada i la comunicacion con los establecimientos de la frontera; pero la arrogancia de Pilmi desprecio este pensamiento contra el dictámen comun de sus capitanes, i le estuvo mal porque de resultas de su derrota perdió la vida. Mas no se piense que esta sentencia se dió en algun consejo nacional i con algunas formalidades jurídicas o militares. Estas circunstancias están de mas en unas jentes que no tienen especie alguna de gobierno. Acaeció así: la mañana del ataque un pehuenche de la plebe no entró en funcion. (De esta clase era forzoso que se niega a las acciones gloriosas i que mira si no con desprecio, al ménos con indiferencia la defensa comun). I miéntras otros peleaban, él i otros de su modo de pensar almorzaban al oriente del río i del reducto i a su parecer libres de todo riesgo, i en esta descuidada operacion le cayó en suerte una bala perdida que le atravesó el insaciable vientre i allí mismo murió. Puestos en su pais, otro pehuenche de poca cuenta, pariente de aquel, hizo cargo de esta muerte casual al famoso Pilmi, i echándose repentinamente sobre él le asesinó. Tomaron las armas los deudos del jeneral difunto, les hicieron resistencia los del agresor i últimamente quedó éste, no solo impune, sino tambien victorioso en la muerte de su pariente atribuida al intrépido Pilmi por la razon de que el almorzador no peleaba. Hasta este punto de monstruosidad llega el gobierno de los indios de Chile i esta es toda la disciplina militar i toda su obediencia.

Estas operaciones de los indios pusieron al gobernador en la necesidad de acelerar sus disposiciones, no ya para la defensiva, sino para una guerra ofensiva, i resolvio que el capitán Freire entrase por tierra de Llanos con una columna de mil hombres, i con otra de igual número abatiese don Ambrosio el orgullo de los pehuenches, penetrando las fragosidades de los Andes por el boquete de Antuco, i don Gregorio de Ulloa, natural del Perú, vecino i del comercio de la ciudad de la Concepcion, debia hacer la misma operacion por el de Alico, en el partido de Chillan, con un escuadron de seiscientos milicianos de la caballería, para unirse con don Ambrosio en el centro de aquellos montes. El mando de la columna que se dió a don Ambrosio pertenecia por costumbre al maestre de campo, i lo solicitó vivamente, mas no pudo alcanzar lo que era mui debidido, porque sus enemigos hicieron concebir al gobernador falta de valor, i de conducta en este jefe.

Se disponia ya don Ambrosio para la expedicion, i se hallaba en la plaza de Tucapel, de la que a la sazon era yo comandante, i le di jente escojida, quedándose con la ménos útil para guarnicion de mi destino, cuando dió aviso el comandante de la de los Anjeles de hallarse bloqueada la del Nacimiento por las tropas de las parcialidades de Angol, i Quechereguas, mandadas por sus toquis, Curiñamcu i Taipilabquen, i esta novedad dió mérito para que el gobernador alterase sus primeras disposiciones. Dispuso, entonces, que la columna del mando de don Ambrosio se uniese con la que Freire mandaba, i que pasasen a la parte meridional del Biobio para hostilizar a las parcialidades inmediatas a la antigua arruinada plaza de Puren, hasta las de Imperial i Boroa.

En los primeros dias de febrero (1770), pasó don Ambrosio el Biobio para la plaza de Puren, i campó sobre sus riberas en el paraje nombrado Los Tycahues, al oriente del cerro denominado Negrete, poco distante de él. En los bosques inmediatos se emboscó una partida de sesenta indios llanistas, i sorprendieron a ocho paisanos, que de la plaza del Nacimiento viajaban a la de Puren. Trabaron una reñida guerrilla desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde (12 de febrero de 1770), i orientado de ella don Ambrosio, envió una compañía de milicias para que los auxiliase. Descubierta por los indios, hicieron éstos aceleradamente, ménos veintisiete, que aquellos ocho leones habian destrozado, cuyos nombres nunca podia serme lícito silenciar, pelearon iguales en las armas, i desiguales en el número (116). Estuvieron tan empeñados en aquella escaramuza, que manifestaron el sentimiento que les causó la llegada de la compañía, porque les separó de ella, i les quitó la gloria de que fuese mas completa la victoria.

Siguió don Ambrosio su marcha siempre sobre la ribera meridional del Biobio, siguiendo sus aguas hasta las inmediaciones de la plaza del Nacimiento, donde halló campado a Freire, que al frente de aquel establecimiento acababa de transitar el mismo rio, de su confluente con el de Vergara. Desde allí se dirigieron (23 de febrero de 1770), unidos, pero independiente uno de otro, a la parcialidad de Angol, residencia del jeneral Curiñamcu. Caminaron seis leguas al sur por estancia de españoles, i a media tarde llegaron al rio Tolpan, que por aquella parte deslinda territorios con los indios independientes, i pusieron el campamento en un valle situado sobre la ribera septentrional, en su confluente con el Vergara. A poco rato de haber campado, salió de un bosque inmediato una partida de cien indios de la parcialidad de Angol, que bárbaramente

esforzados, emprendieron quitarles la remonta. I sin duda lo hubieran conseguido si no aceleran la accion, i hubieran dado tiempo a que acabase de echar pié a tierra la columna de don Ambrosio, que componia la retaguardia. Algunas compañías estaban todavía montadas, i prontamente salieron a contenerlos. Se pusieron en defensa, i con tal denuedo, i bizarría, que hicieron resistencia a dos mil hombres, i mantuvieron la guerrilla hasta entrar la noche, que se retiraron peleando los que salieron con vida, para referir a los suyos la gallarda intrepidez con que avanzaron hasta entrar en el campamento. Don Ambrosio se mantuvo quieto a retaguardia. Freire montó a caballo i salió a pelear, pero tuvo que volver las herraduras, i aunque corrió mucho, hubiera perecido, si Segundo Sanchez, teniente de la compañía de forajidos, no le hubiera salvado la vida, quitando la suya a un indio que le daba alcance i entrataba la lanza para atravesarlo por la espalda. Murieron en esta escaramuza nueve españoles, siendo de este número el valeroso capitán de milicias Otalier, natural de la ciudad de Talca; i de los cien enemigos perecieron muchos. Este hecho de armas fué para los llanistas una completa victoria. El solo fué bastante para que se abandonase aquella utilísima, e indispensable expedicion para concluir la conquista de aquellos indios, que conducida por pulso militar, hubiera tenido felices consecuencias. Cayeron de ánimo las tropas milicianas, i el capitán Freire, i don Ambrosio, sin consultar al gobierno, se retiraron al dia siguiente por este pequeño ocreso, i desairados, volviendo pasos atrás, trasladaron su campamento a la ribera septentrional del río Duqueco, al frente del cerrillo de Negrete, repasando el Biobio por la plaza del Nacimiento.

Las frecuentes irrupciones de los enemigos por toda la frontera, i la mala dirección de las expediciones, tenian al gobernador sobreojido de temores, i receloso aun de los indios que, huyendo de las consecuencias de la guerra, resolvieron separarse de sus patriotas, i aficionados de los españoles, buscaron la protección de las reales banderas. Poseido de estas sospechas, dispuso espatriar, i enviar a la ciudad de Lima, contra lo dispuesto en la real cédula de 19 de mayo de 1682, que expresamente lo prohíbe, al cacique Antipagui con treinta pehuenchés que tenía a sus órdenes; i exasperado de aquella tropelía, cayó en desesperación, i se quitó la vida con un dogal. El virei del Perú desaprobó esta espatriación, i recibió benignamente a los que llegaron a su presencia, que fueron pocos, i bien asistidos, i muy obsequiados, i regalados, los restituyó a su patria. De los treinta i un pehuenchés, solo tres sobrevivieron

a la injusta determinacion del gobernador, i alcanzaron la incomparable satisfaccion de regresar a la amada patria, que en sentir de Séneca, no se ama por buena, sino por propia.

Nada bien le hizo a este cacique su fidelidad, i peor le tuvo a Tureculipí, de la misma nacion, con toda su parcialidad, compuesta de veinte familias. Vió sublevados a los principales capitanes i abandonó su partido por no tener parte en aquella guerra, i por no ser objeto de su furor, si rehusaba tomar las armas contra los españoles; adoptó tambien la resolucion de Antigaquí i se pasó al partido de Chillan, presentándose a su correjidor don José Quevedo, natural de las montañas de Santander, vecino i del comercio de la ciudad de la Concepcion, para que le señalase territorio donde establecerse, i se le mandó fijase su residencia en la estancia de su capitán de amigos i que éste estuviese a la mira de su conducta, para que no causasen daño en las estancias circunvecinas, i era lo único que se podía recelar. Poco después falsamente impresionado el caballero Quevedo, de que aquellos hombres no procedían de buena fe, mandó degollar a todos los varones (febrero de 1770), sin que la mas decrepita senectud mereciese compasion a los ejecutores de la crueza, i se apoderaron de las mujeres i niños para la servidumbre de sus casas.

El gobernador disimuló esta atrocidad, i en aquellos mismos días no solo dejó sin castigo, sino que le mereció aprobación la decapitación de los tres indios yanaconas, que en el centro de aquella frontera, a distancia de diezisiete leguas de la Concepcion, mandó hacer un alcalde de Monterilla. Esta clase de hombres, a quienes allí son desconocidos los mas naturales sentimientos de la racionalidad, o talvez erróneamente persuadidos de que los indios no son de su misma especie, siendo así, que a dos o tres azadonados que den, exhuman un abuelo nacido i criado, si no en los incultos montes de Arauco, al menos oriundo de los amenos campos de Boroa, olvidados de las intimidades de su misma sangre brutal i bastante conducidos de un abominable espíritu de venganza, persuadian al gobernador que estaban confederados contra el Estado cuantos indios habitaban en el territorio español para sacarle la aprobación de sus inhumanidades. Era el gobernador hombre de sana intención, i por otra parte, imbuido en que aquellos hombres campestres por la propincuidad i conexiones que tienen con los indios, debían tener i poseían tan perfecto conocimiento de sus ritos, costumbres, ardides i operaciones militares, sin advertir que no pocos de ellos apenas saben que existen i solo tienen luces para la iniquidad. No discernía el espíritu que les

animaba, i sin dificultad presentaba su aprobacion, segun el semblante de que revestian los informes con que alucinaban su bondad.

Los pehuenches del jeneral Pilmi se dividieron en varias partidas, i una de ellas volvió sus ideas al norte de los Andes (febrero de 1770), sorprendió la guardia del boquete de Ali-
co que halló dormida, la pasó a cuchillo i bajó a las llanuras del río Nuble, que corre por el partido de Chillán. Saqueó aquel territorio i regresó con la presa de muchos ganados vacuno i caballar, i algunas mujeres i niños españoles. Llegó la noticia de esta hostilidad a la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, capital del partido, i entonces salió don Gregorio de Ulloa con el escuadron de su mando a darles alcance. Tras-
montó el primer cordon de los Andes, estuvo en el valle de las Damas, donde vió los vestijios de un alojamiento de los enemigos, se intimidó porque le parecieron muchos i regresó sin haber hecho otra cosa.

Amenazada por todas partes la frontera no hallaba arbitrio el gobernador para tomar un buen temperamento en aquel negocio. Las tropas milicianas, poco acostumbradas a la fatiga de las armas, estaban cansadas, sin que se les hubiera hecho hacer cosa alguna de provecho, cansados tambien estaban los caballos en marchas inconsideradas i ejecutadas con la aceleracion que no era menester; de modo que ya no quedaban fuerzas mas que para mantener una guerra defensiva, i no sin trabajo; consecuencia inevitable de no haberse hecho ofensiva en sus principios. Pero esta pesada carga pasó a otros hombros por disposicion del virei del Perú (marzo de 1770), i se retiró a la capital a continuar en la Audiencia el ejercicio de su empleo de oidor decano. Siete años despues le concedió el rei su jubilacion i falleció en aquella ciudad.

CAPITULO CVIII.

GOBIERNO INTERINO DEL MARISCAL DE CAMPO DON FRANCISCO JAVIER DE MORALES.—ÚLTIMAS OPERACIONES DE LAS COLUMNAS DE BIOBIO I CARAMPANGUE.—LLEGA A CHILE UN BATALLON DE INFANTERÍA I SE AMOTINA.

Luego que los indios acometieron a la frontera i a sus establecimientos, el gobernador orientó al virei del Perú en este suceso sin omitir las circunstancias que intervinieron en el rompimiento, i ya quedan referidas, i persuadido su excelencia

de que un militar sabria hallar para aquella guerra el temperamento, que suponia escondérsele al gobernador togado, (como si las armas i las letras hubieran estado reñidas alguna vez, o Marte obligado a comunicar sus influencias a todos los militares con exclusion de todos los togados) despachó un pliego cerrado a la Real Audiencia de Chile, con orden de abrirle al tercero dia de haber llegado a la capital de aquel reino el mariscal de campo don Francisco Javier de Morales, de la orden de Santiago, que siendo capitán de guardias españolas le hizo el rei la gracia de nombrarle inspector jeneral i cabo subalterno de las armas del Perú, i desembarcado en el Rio de la Plata debia pasar a Chile para navegar al puerto del Callao de Lima (1770). El 3 de marzo se hizo lo que prevenia el virei; i contenía el pliego los despachos de gobernador interino de aquel reino a favor del espresado mariscal de campo; i los de maestre de campo jeneral de su frontera, i correjidor de la ciudad de la Concepcion librados en el coronel don Baltazar Senmatnat (que acababa de llegar en calidad de comandante del batallon de infantería de Chile, que formado de piquetes de compañías de varios rejimientos, salió de Cádiz en setiembre de 1768, i entró de arribada en el Rio de la Plata en principios de 69) por suspension de don Salvador Cabrito, a quien se le mandaba presentarse preso en la villa de San Martin de la Concha, capital del partido de Quillota, donde ántes estuvo arrestado de orden del mismo jefe.

Se dió puntual obedecimiento a las disposiciones del virei, i don Francisco Javier de Morales fué admitido al gobierno i presidencia de Chile con las ceremonias acostumbradas (3 de marzo de 1770). Se le pasó noticia de esta resolucion al gobernador togado, que se hallaba en la ciudad de la Concepcion, i se le intimó al caballero Cabrito la que se dirijia contra él. En contestacion de este oficio avisó el togado la llegada al puerto de Talcahuano de la escuadra del mando de don Antonio de Arce, compuesta de los buques *Astuto*, *Septentrion* i *Santa Rosalia*, que llevó a su bordo al batallon de infantería de Chile en el número de seis compañías, i una partida de oficiales, sargentos i cabos de caballería para disciplinar las milicias de aquel reino.

Dió aviso tambien del mal suceso de Tolpan con la resolucion que tomaron los comandantes Freire i O'Higgins de abandonar la expedicion i retirarse a la ribera septentrional del río Duqueco. Al nuevo gobernador le pareció cosa mui estraña que cien indios consternasen en una columna de dos mil hombres, i orientado de que sus comandantes jamas habian servido

en la carrera militar, siguiendo la autoridad de Aristóteles (117) que afirma deben pasarse diez años sin comerciar, para que el mercader sea admitido a la milicia i a los oficios públicos, en 7 de marzo le separó de aquel mando (1770), i lo confirió a don Joaquín Valcárcel, ayudante mayor de asamblea, natural de la ciudad de Sevilla, dándole por acompañado en calidad de ingeniero a don Lorenzo Arrau, natural de Barcelona, quien pasó a aquel reino de criado del caballero O'Higgins i ordenó que Freire pasase a la plaza de Yumbel, i que el espresado O'Higgins tomase el partido que quisiese i le estuviese a cuenta, respecto a que servía en calidad de aventurero.

Al mismo tiempo que tomó esta resolución dispuso que el coronel don Baltazar Senmatnat en ejercicio de su empleo de maestre de campo jeneral de aquella frontera pasase a visitarla, i él se puso en marcha para la ciudad de la Concepción. Valcárcel, posecionado del mando de los dos mil, que mandaban Freire i O'Higgins, se mantuvo sobre Negrete en total inacción sin atreverse a dar un paso adelante, aunque los enemigos no perdían la ocasión de hostilizar los establecimientos españoles. El nuevo maestre de campo reconoció las plazas de la línea divisoria i sus fortificaciones, i las fuerzas de toda la provincia de la Concepción i dió cuenta al gobernador para que librarse las providencias que le pareciesen oportunas para resguardo de aquel territorio.

Don Antonio Santa María, que se hallaba en Carampangue casi en la misma inacción de Valcárcel, luego que fue orientado del trastorno que tuvo el gobierno, i de la separación de Freire i de O'Higgins, resolvió moverse a consecuencia del golpe de mano que dió Calicura sobre el ganado de la plaza de Arauco, que queda referido (marzo 11 de 1770). Dirigió la marcha hacia la parcialidad de Raque, que dista de ella dos leguas al sur. No halló indio alguno pero taló las sementeras, i entregó al fuego sus chozas. De allí avanzó otras seis leguas hacia el mismo rumbo i campo, en la isla de Quidico que sufrió las mismas hostilidades. No se detuvo en esta parcialidad, i caminó otras dos i media leguas hasta Quiapo. De aquí hizo cuatrocientos hombres a las órdenes del capitán de artillería don Juan de Ojeda, con destino de hacer una descubierta en toda la parcialidad, i sus cercanías, que ya son términos del estado de Tucapel, i para que desvastase todo el distrito. En este reconocimiento descubrió Ojeda un escuadrón de trescientos araucanos que enviaba Calicura con designio de observar los movimientos de Santa María. Les buscó Ojeda, i la bizarriá araucana no se negó a complacerle. La mañana del 19 de marzo de 1770 comen-

zaron la batalla que se concluyó con la noche, retirándose los enemigos con pérdida de ochenta i cinco hombres, i Ojeda al campamento con la de dos soldados i muchos heridos. A presencia de esta victoria, aun no se atrevió Santa María a seguir la marcha, i se mantuvo allí hasta la mañana del 28. Tuvo noticia de que el cuerpo del ejército de Calicura se hallaba en Tucapel haciendo tierno recuerdo de su famoso Caupolicán, sobre la derrota que dió a los conquistadores con muerte del insigne capitán Pedro de Valdivia, i aunque se componía no más que de tres mil combatientes, le pareció no podía contrarrestarle por mal montada la tropa de su mando, i en dos marchas volvió a su antigua situación de Carampangue.

Orientado el gobernador de la fatal constitución en que se hallaba la frontera, i del mal estado de las remontas de la tropa miliciana, dió las providencias que podían facilitarse en la ocasión i para reparo i resguardo de las plazas i fuertes de la línea, i despidió aquellas tropas a sus respectivos partidos (abril 22 de 1770) para ahorrar gastos al erario. I aunque no quedó bien segura la línea divisoria, no pudieron los indios hacer la menor hostilidad porque las lluvias del invierno fueron tan excesivas, que todos los ríos salieron de sus márgenes, i se mantuvieron intransitables hasta el mes de agosto.

Retiradas las milicias a sus partidos parece no quedaba otra cosa que hacer sino meditar el mejor modo de castigar a los enemigos en la próxima primavera; pero no fué así, que dentro de casa tuvo mucho que hacer el gobierno porque el batallón de infantería que fué de estos reinos le puso en mayores cuidados. Los cabos de escuadra i soldados, pidieron se les ajustase su cuenta, i les pagase el alcance; pusieron la solicitud por los conductos regulares. Los oficiales lo hicieron presente a los jefes, i éstos al gobernador, que no quiso resolver por sí mismo, i consultó al doctor don José Clemente de Traslaviña, oidor de la Audiencia de aquel reino, i le acompañaba en calidad de auditor de guerra. Este togado opinó que los jefes i oficiales contuviesen a los soldados haciéndoles ver la falta de caudales para satisfacerles por entonces el alcance que demandaban (poco conocimiento tenía el doctor Traslaviña del carácter de Juan Soldado). El gobernador se conformó en este dictámen, i lo intimó a los oficiales. Obedecieron éstos, i trabajaron con eficacia, pero viendo que no podían convencerlos, resolvieron intentar el convencimiento del gobernador que suponían más asequible, conveniente i seguro. Se fueron a él con sus jefes. Reiteraron la certidumbre de un motín, i repitieron su representación; mas, todo quedó sin efecto porque el gobernador i el oidor evadieron

la dificultad con la falta de dinero. El coronel don Baltazar, conociendo la cercanía i certidumbre del golpe, si ántes habló al gobernador como jefe de aquel cuerpo, ahora se fué a él como a un amigo, i le advirtió que se valiese de alguno de los muchos arbitrios que allí hai para aprontar el dinero, que despues se vería estrechado a desembolsar cuando ya estuviese dado el escándalo, i verificada la insubordinacion, que era irremediable, por otro medio que no fuera exhibiendo el alcance.

La tropa trascendió la dureza del gobernador, i no se le pudo esconder que en la ocasion no habría fuerzas superiores a las suyas en la Concepcion, i se amotinó en principios de mayo de 1770. Con las armas en la mano se hizo apuntar la cuenta, i satisfecho el alcance, pidió se le perdonase en nombre del rei, i que en atencion a estar refugiados en la iglesia i convento de San Francisco, saliese el reverendo obispo por garante del perdón. Todo se hizo a su voluntad, i tuvieron los oficiales que sufrier el ruboroso acto de recibir los fusiles i banderas de los amotinados para conducir aquella desobediente tropa a sus cuarteles que se presentó el batallón formado en orden de parada, i rehusó volver a ellos sin aquella formalidad. Todavía no terminaron en esto sus inquietudes porque segunda vez volvieron a tomar las armas sospechosos de que se arribaban a aquella ciudad las milicias del partido de Maule para castigar su delito, pero no la presencia del gobernador, reverendo obispo i su comandante que les repitieron los seguros del perdón, se sosegó el segundo tumulto.

CAPITULO CIX.

SE ACORDONA LA RIBERA SEPTENTRIONAL DEL BIOBIO.—ÚLTIMAS HOSTILIDADES DE ÁMBAS NACIONES.—TRATA EL GOBERNADOR DE LA PAZ CON LOS INDIOS.

La escasez de los jéneros de primera necesidad, casi inevitable, cuando hai guerra, en las plazas situadas en pais enemigo, estrechó tanto a los habitantes de Puren, que algunas personas, confiadas en las repetidas inundaciones que tuvo el Biobio, como precisa consecuencia de las excesivas lluvias de aquel invierno, para sentirla ménos se trasladaron a Puren Viejo, segunda ubicacion de aquel establecimiento, sobre la ribera meridional del expresado río. Pero los enemigos, que no perdían la ocasion que les venia a la mano de hostilizar el territorio español, resolvieron le pasase a nado en buenos caballos

una partida de subandinos a darles un golpe de mano, que lo ejecutaron la noche del 1.^o de agosto de 1770. Pusieron fuego a las casas, que todas eran de techos pajizos, sin permitir saliesen de ellas ni aun las mujeres, i niños; i ejecutada con doce familias esta bárbara残酷, se retiraron a su país con los caballos, i vacas de leche, que tenían aquellos infelices habitantes para alivio de su necesidad.

Pocos días ántes de esta hostilidad, don Ambrosio O'Higgins, que sufrió con resignación esterior el golpe referido en el capítulo anterior, i puesto en la ciudad de la Concepción, había presentado al gobernador, con simulada humildad, las cartas de recomendación que sus protectores de España le enviaron desde la corte, dirigidas a que el caballero Morales le proporcionase colocación en el Perú, i por ellas admitido a su tertulia, aprovechó la ocasión de haber vacado, por fallecimiento de don Manuel Cabrito, la primera compañía del cuerpo de caballería de la frontera de aquél reino, denominado del Guion, i la solicitó por medio de sus valedores. El oidor Traslaviña (ya es ditunto) i don Juan Jerónimo de Ugarte, hoy consejero honorario en el de hacienda, i entonces escribano mayor de gobierno, que es uno de los empleos brillantes de América, como protectores que eran de don Ambrosio, tomaron a su cuenta la solicitud i hablaron al gobernador, en quien a la sazón residían facultades para la provisión de empleos militares. No podía ignorar Traslaviña que por real cédula, dada en Madrid a 29 de diciembre de 1671, estaba prohibido dar en Chile semejantes empleos a extranjeros, por representación que en 1670 hizo al rey el fiscal de aquella Audiencia, don Manuel de León i Escobar, con ocasión de haber dado don Diego González Montenegro, gobernador interino de aquél reino, una compañía de caballería a un francés, i mandó S. M. se recojiese la patente. El caballero Morales, deseoso de complacer a sus amigos de la corte, i de desprenderse de don Ambrosio, con facilidad accedió a la súplica: libró título de la espresada compañía en julio de 1770 a favor de don Ambrosio. Mucho vale porque mucho puede en la América la recomendación de los cortesanos. Aquella primera hostilidad que hicieron los indios al asomar la primavera, sirvió de aviso para que el gobernador acelerase sus disposiciones, i no hubiese descubierto la divisoria, i mandó el maestre de campo que dispusiese acordonar el Biobío con un campo volante de setecientos soldados de milicias de caballería, i ciento de caballería veterana. Orientado don Ambrosio de esta orden, i ya introducido con el caballero Senmatnat, tuvo la modesta arrogancia de pedirle la comandancia de aquel

cordon, i este jefe la bondad de concedérsela, i se le dió órden para que dirijiese sus operaciones sobre la ribera septentrional de aquel río, i el 19 del espresado agosto marchó al campo de Duqueco, donde hizo su campamento.

Al mismo tiempo que don Ambrosio batía las riberas del Biobio, se aparentaban en la ciudad de la Concepcion muchos preparativos de guerra, sin duda con el objeto de amedrentar a los enemigos, para que, intimados, solicitasen la paz. Mandó el gobernador se prorratesen caballos (118) en la aniquilada provincia de la Concepcion para montar las tropas veteranas de su infantería, i caballería. Esta delicada comision, que exige mucha prudencia, i mucho método, se dió a don Pedro Sanchez, natural de las montañas de Santander, que vagaba por aquella América, i era conocido por el apodo de Prusiano, hombre loco, i de impetuosas resoluciones. Con ellas tuvo a aquella provincia en la mayor consternacion, i a punto de sublevarse contra el gobierno, pero los hacendados juiciosos, i nobles, contuvieron a los plebeyos, i todos sufrieron la violencia con resignación.

No faltaron hombres recelosos, que mirando por la salud del Estado, lo advirtiesen al gobernador, aunque infructuosamente, porque inducido del oidor Traslaviña, juzgó conveniente llevar adelante su resolucion, i sostuvo al comisionado contra las justas, i fundadas quejas del vasallo. Viéndolo inexorable, no faltó tampoco un celoso predicador religioso del colegio de Propaganda, natural del reino de Galicia, que desde el púlpito declamase docta i prudentemente contra el violento modo de exigir este servicio. Estaban presentes el gobernador i el doctor Traslaviña, cuyo era el dictámen, i supo indagar tanto al prudente i moderado gobernador, que le hizo resolver el destierro del religioso, pero por mediacion del reverendo Obispo se suspendió el decreto. Son demasiado amargas las verdades para el delicado paladar del jenio de los hombres. Todos apartamos ser sus amantes, pero nos desagrada oirla cuando se termina a nuestras irregulares operaciones.

Léjos de arredrarse los indios con estos preparativos de guerra, tuvieron buen cuidado de adelantarse a sus efectos. Apenas comenzaron los ríos a ponerse transitables, pusieron en campaña un escuadron de caballería de ochocientos hombres a las órdenes de los toquis Curiñameu i Taypilabquen. Estos capitanes se propusieron hacer una honrosa expedicion capaz de poner en cuidado al nuevo gobernador, i pasando en setiembre de 1770 por las inmediaciones de la plaza del Nacimiento i Santa Juana, dirijieron sus ideas contra la de Colcura, que es

pequeña, mal fortificada, i poco guarneida. Intentaron tomarla por asalto, i la tuvieron mui apresada con repetidos ataques. Sin duda la hubieran rendido, si al favor de la oscuridad de la noche del 19 del espresado mes, i de la indisciplina de sus tropas, no hubiera logrado meterse en ella con su compañía el teniente coronel don Antonio Bocardo, natural del reino de Valencia, que les obligó a desistir de su empeño, i se retiraron a un pequeño valle donde ántes estuvo situado aquel establecimiento.

Por espías que tenía el maestre de campo, se tuvo antieipada noticia de esta expedicion, i el gobernador tomó acertadas disposiciones, no solo para desvanecer los designios de los jefes llanistas, sino también para castigar su atrevimiento, pero no fueron ejecutadas. Dispuso que el teniente coronel Bocardo reforzase con su compañía la guarnición de aquella plaza, i ya hemos visto que se hizo con oportunidad. Pasó órden al teniente coronel Santa María, que ascendió a comisario jeneral del cuerpo de caballería veterana de la frontera por fallecimiento de don Manuel Salcedo, mandaba la plaza de Arauco, a don Ambrosio, comandante del cuerpo volante de la línea divisoria. A éste para que siguiendo sus marchas, les cortase su retirada por el camino que llevaban, i al otro para que tomase las avenidas del cerro Marihueno, o Cuesta de Villagra. Con esta operacion, ejecutada por oficiales intelijentes, ni uno de los ochocientos llanistas hubieran regresado a su pais. El gobernador aguardaba el aviso de don Ambrosio para que saliese el maestre de campo con cuatro compañías de fusileros, i las milicias de caballería de la plaza de San Pedro, i los atacase en el valle de Colcura, que no tiene mas salidas que las mandadas tomar, i no se les dejaba arbitrio para la retirada; pero todo se frustró, i se les proporeionó un glorioso triunfo.

Don Ambrosio, luego que fué orientado por el comandante de la plaza del Nacimiento de haber pasado por las inmediaciones de ella el escuadron de llanistas, se arrimó al Biobio i comenzó a hacer pasar el cuerpo volante de su mando. Cuando tuvo la tercera parte de él sobre la ribera meridional de aquel río, envió al teniente coronel de caballería don José Ruiz de Bercedo, para que tomase del comandante de la plaza noticias puntuales acerca de las fuerzas de los enemigos, i cerciorado de que ascendia su número a ochocientos, varió de consejo, i mandó que su tropa repasase el río. Concibió sin duda que con el escuadron que tenía a sus órdenes no podria cortar la retirada a los jenerales indios, i se retiró a su delicioso campo de Duqueco.

Santa María, avisado por el cañon de la plaza de Colcura, envió al teniente de caballería don Rafael Izquierdo, que acababa de llegar a las Indias en la asamblea de caballería destinada a Chile con doscientos hombres de tropas milicianas, i veteranas, algunos cañones de monte, i los útiles necesarios para fortificarse, con orden de verificarlo haciendo cortaduras i empalizadas en las veredas de la subida de Marihuene, que mira a la plaza de Colcura, i atrincherándose en su cima, donde no pocas veces practicaron los araucanos esta operacion militar. Puesto Izquierdo en el paraje donde debia obrar conforme a la instruccion que de palabra i por escrito le dió Santa María, porque vió a las tropas enemigas sin las armas de fuego, i uniforme que llevan las de Europa, reprobó el dictámen de su comandante i el pensamiento del gobernador; i por otra parte, opuesto diametralmente a la prudencia de don Ambrosio, que con ochocientos hombres concibió, no solo que no podia entrar en combate con los enemigos, sino que tampoco podrian mantenerse fortificados en el camino que conduce desde la plaza de Santa Juana hasta la asediada, bajó animoso el valle con solo doscientos (21 de setiembre de 1770). Los indios le recibieron en las puntas de las lanzas, i en ellas halló el castigo de su imprudente inobediencia. Murió peleando con los mas esforzados, que los menos animosos usaron de prudencia i aseguraron sus personas.

Los jenerales Curiñamcu i Taypilabquen, orientados de que don Ambrosio pasaba el Biobio, suponian cortada su retirada por el camino de Santa Juana, que llevaron, i regresaron a su pais por los Estados de Arauco i Tucapel, haciendo el estravío de muchas leguas por evitar una funcion que no se meditaba, con el campo volante de don Ambrosio. Con esta victoria, que consistió en cuarenta españoles muertos, un soldado de la compañía de Bocardo, i el cabo de escuadra Nicolas Toledo, de la compañía de caballería del comisario Santa María, prisioneros, algunas armas, i vestidos de los muertos, muchos caballos i vacas, se pusieron mas arrogantes e hicieron alto en Tucapel para acordar con los capitanes araucanos el modo de devastar la frontera, que suponian rendida a su valor. Toledo se les escapó cerca de Tucapel, i volvió a la plaza de Arauco, pero el de la compañía de Bocardo fué sacrificado, segun su bárbara costumbre.

Los pensamientos del gobernador eran opuestos, i llevaba aquél negocio por senda contraria. El oidor Traslaviña, que cuando gobernaba el licenciado Balmaceda, su colega, no respiraba otra cosa que conquistas, i que dispuso atacar a los indios por

dos puntos de la cordillera, por los llanos, i por la costa, i que se llevó a ejecucion, aunque sin efecto alguno por la impericia de los comandantes que eligió, ahora inclina al gobernador por una paz intempestiva cuyo influjo no debió ser admitido con la experiencia del errado dictámen sobre los alcances del batallón que después de dado el escándalo se pagaron sin pedir dinero, i de los peligrosos ocurridos de prorratas que quedan referidos, i fueron absurdos demasiado groseros para no conocer su orígen. Los de mas corta vista alcanzaron a conocer la idea: quiso hacer ver al virei que cuando gobernó la toga iba mejor el gobierno que después de haberlo tomado el uniforme. El gobernador, como era hombre de bien, i todavía ignoraba las tramoyas de la América, le creyó sin disfleutad, i todas sus miras las dirijía a la paz contra el dictámen comun, i el del maestre de campo, i de la mayor parte de los oficiales que opinaban por el escarmiento de los enemigos para evitar consecuencias en el porvenir, i dejar bien puesto el honor de las armas.

No obstante esta diversidad de pareceres, salió el maestre de campo para la frontera (setiembre de 1770), visitó las plazas i fuertes de ella, revisó sus guarniciones, i fijó su residencia en la de los Anjeles para comunicar desde allí sus acertadas providencias a los demás establecimientos. Viendo que el gobernador, seducido del doctor Traslaviña, no se determinaba a obrar contra los enemigos, i que éstos continuaban las hostilidades, arbitró enviar algunos indios amigos, desde la plaza del Nacimiento a la parcialidad de Angol, residencia del jeneral Cirinamen con destino de darle un golpe de mano. En efecto, lo meditó bien, i lo dispuso mejor: de modo que lo dispusieron con tal felicidad que mataron al sargento mayor de la parcialidad, a un hijo del jeneral, i otros mas, cuyas cabezas presentaron credenciales de la acción que el maestre de campo les gratificó de su bolsillo (octubre de 1770), para estimularlos a otros de mayor riesgo, i mui importantes, a fin de matarles los caudillos, i debilitarles sus fuerzas.

Por este medio, i el de espías adquirió este jefe puntuales noticias de la situación de los enemigos, i viéndose con bastante número de tropas milicianas, tres compañías de fusileros, i otras tantas de caballería (noviembre de 1770), determinó una sorpresa contra las parcialidades inmediatas al Biobio. Dispuso pasar este río en las primeras horas de una noche. Don Ambrosio con el escuadrón de su mando, reforzado con la mitad de la tropa veterana por la plaza de Puren, para que al amanecer el dia siguiente cayese sobre las parcialidades subandinas que confinaban con ella, i él por la del Nacimiento, para atacar las lla-

nistas situadas en sus inmediaciones. Con prevencion de unirse ámbos trozos despues de dado el golpe, i en el mismo dia, para retirarse unidos al Biobio sobre Negrete, i de este modo irles devastando sus parcialidades como ellos lo ejecutan contra los establecimientos españoles. Pero prefijado ya el dia, i hora de arrimarse al Biobio, i prevenido competente número de balsas para transitarle, llegó órden del gobernador para que nada de lo acordado se llevase a ejecucion. Esta suspension tuvo principio en una representacion que le hizo el doctor Traslaviña manifestando que la paz convenia al real servicio, era conforme a las leyes de indias, i mui propia de la piedad del rei, que tan cuidadosamente encarga la conservacion de aquellos naturales, i espresamente ordena se les requiera con ella aunque sea cediendo de los derechos de su soberanía, i perdonándoles su rebeldía, i concluyó pidiendo se suspendiese toda la hostilidad de parte de los españoles como contraria a las negociaciones de paz que se debian entablar sin perder tiempo. Ignoro por qué causa no le mandó el gobernador que diese razon de la contradiccion de sus dictámenes; pocos meses ántes hizo la guerra como hemos referido, i ahora pide la paz habiendo mas proporciones para la guerra. Parece sospechosa su conducta al verle dirigir a los dos gobernadores por opuestas sendas sobre un mismo negocio, pero ello es que todo se hizo como le acomodó.

Luego que los montes andinos se desnudaron de la nieve, i dieron vereda (noviembre de 1770), comenzaron los pehuenches las hostilidades al mismo tiempo que el gobernador meditaba la paz. Salió un numeroso escuadron por el boquete de Alico con designio de hostilizar las llanuras de Longaví en el partido de Chillan. Se trató de paz, i no esperaban sus colonos el golpe por aquella parte, i fueron impensadamente sorprendidos, de modo que ni se pudieron defender ni hubo quien dispusiese seguirlos en su retirada. Quitaron muchos vacunos i caballar, la vida a muchos hombres que no acertaron a ocultarse en los bosques, i se llevaron algunas mujeres i niños, i se retiraron impunes.

Pero ni este hecho, ejecutado con la残酷 que aquellos bárbaros acostumbraban, fué bastante para que variase el gobernador de modo de pensar. Era conducido por un sábio i prudente político que, desentendiéndose de hablillas, i murmuraciones, en nada mas ponía su solicitud sino en verificar sus ideas. Se le insinuaba con sagacidad, i le hizo creer convenia hacer la paz a todo costo porque aquella era la intencion de su majestad, espresamente declarada en las reales cédulas que a favor de aquellos miserables mandaron librar los reyes desde el descubrimiento de las Américas. Estas reales cédulas tambien estaban espe-

nistas situadas en sus inmediaciones. Con prevencion de unirse ambos trozos despues de dado el golpe, i en el mismo dia, para retirarse unidos al Biobio sobre Negrete, i de este modo irles devstando sus parcialidades como ellos lo ejecutan contra los establecimientos españoles. Pero prefijado ya el dia, i hora de arrimarse al Biobio, i prevenido competente numero de balsas para transitarle, llegó órden del gobernador para que nada de lo acordado se llevase a ejecucion. Esta suspension tuvo principio en una representacion que le hizo el doctor Traslaviña manifestando que la paz convenia al real servicio, era conforme a las leyes de indias, i mui propia de la piedad del rei, que tan cuidadosamente encarga la conservacion de aquellos naturales, i espresamente ordena se les requiera con ella aunque sea cediendo de los derechos de su soberanía, i perdonándoles su rebeldía, i concluyó pidiendo se suspendiese toda la hostilidad de parte de los españoles como contraria a las negociaciones de paz que se debian entablar sin perder tiempo. Ignoro por qué causa no le mandó el gobernador que diese razon de la contradiccion de sus dictámenes; pocos meses ántes hizo la guerra como hemos referido, i ahora pide la paz habiendo mas proporciones para la guerra. Parece sospechosa su conducta al verle dirigir a los dos gobernadores por opuestas sendas sobre un mismo negocio, pero ello es que todo se hizo como le acomodó.

Luego que los montes andinos se desnudaron de la nieve, i dieron vereda (noviembre de 1770), comenzaron los pehuenches las hostilidades al mismo tiempo que el gobernador meditaba la paz. Salió un numeroso escuadron por el boquete de Alico con designio de hostilizar las llanuras de Longaví en el partido de Chillan. Se trató de paz, i no esperaban sus colonos el golpe por aquella parte, i fueron impensadamente sorprendidos, de modo que ni se pudieron defender ni hubo quien dispusiese seguirlos en su retirada. Quitaron muchos vacunos i caballar, la vida a muchos hombres que no acertaron a ocultarse en los bosques, i se llevaron algunas mujeres i niños, i se retiraron impunes.

Pero ni este hecho, ejecutado con la crueza que aquellos bárbaros acostumbraban, fué bastante para que variase el gobernador de modo de pensar. Era conducido por un sábio i prudente político que, desentendiéndose de hablillas, i murmuraciones, en nada mas ponía su solicitud sino en verificar sus ideas. Se le insinuaba con sagacidad, i le hizo creer convenia hacer la paz a todo costo porque aquella era la intencion de su majestad, espresamente declarada en las reales cédulas que a favor de aquellos miserables mandaron librar los reyes desde el descubrimiento de las Américas. Estas reales cédulas tambien estaban espe-

didas ocho meses ántes, i no las podia ni debia ignorar el doctor Traslaviña, i no trataba de paz sino de conquistas. Seducido el caballero Morales para dar mas calor a las negociaciones de paz, dejó la ciudad de la Concepcion; en los primeros dias de diciembre se trasladó a la plaza de los Anjeles. Desde allí envió al pais subandino tres españoles chilenos que voluntariamente se profirieron para tratar de este negocio con el cacique pehuenche Güeguir, i con otros principales.

En aquellas circunstancias, ni debia yo, (allá en mi interior) por la guerra, ni ménos me declaraba por la paz. Me hallaba en la clase de teniente, i por eso no era preguntado, i callaba oyendo hablar a capitanes i jefes, pero por la práctica i conocimiento que tenía de aquellos indios, i de su modo de hacer la guerra, conocia que un medio término era lo conveniente, i conducido de mi celo por el real servicio, dejaba caer con modestia en las conversaciones con los jefes, mis discursos sobre poner la frontera a cubierto de toda invasion, i aguardarles que se tenian positivas noticias de que ya no podian subsistir por sí solos. Antes de seis meses hubiera logrado el gobierno verles sujetos a las leyes que les hubiera querido dar para la quietud de aquel reino, mas no se aprovechó esta oportunidad que los mismos indios habian presentado, porque el gobierno aceleró sus disposiciones para regresar a la capital, donde convendria mas su presencia que los secretos del gobierno no los podemos ni debemos penetrar los que no tenemos parte en él.

CAPITULO CX.

ESTABLECE EL GOBERNADOR UNA PAZ POCO SÓLIDA CON LOS INDIOS, I SE REFIEREN SUS RESULTAS.

Aquel había sido el tiempo i época feliz en que se debió verificar la conquista de los indios de Chile. Nunca mejor que entonces se hubieran reducido a poblacion, para que viviendo en civilizacion, i sujetos a lejislacion, fueran útiles al Estado, i aptos para recibir las impresiones de la verdad evanjélica, a que siempre propendió la piedad de los católicos monarcas. Entonces tuvo el gobernador, a mas de las tropas veteranas de aquella frontera, i sus milicias, un batallon de infantería bien disciplinado, i una partida de asamblea de caballería, que no la debíamos suponer ménos instruida. Entonces estaban los indios aniquilados. No tenían granos ni sementeras para subsistir, i los de guerra habían devorado los ganados, no solo de las par-

cialidades fronterizas, sino tambien los de las mas interiores. Pero jamas lo alcanzará el soberano, si ántes de aprehender la sujecion de aquellos naturales, no conquista a los jefes que resuelva enviar con este interesante encargo. Hasta hoi ha demostrado la esperiencia que los gobernadores de Chile, si son interinos, miran aquello con indiferencia, como que nada deben esperar; i si son propietarios, dirijen todas sus ideas a sus intereses particulares, i a colocarse en la silla de los vireyes. Aparentan pacificaciones de aquellos indios, suponen su conversion a la religion católica. Negocian con ellos por el trillado camino de las dádivas, de la contemplacion, i de delincuentes disimulos de sus hostilidades, que admitan misioneros i casas de conversion en sus parcialidades, aunque saben i conocen que nada han de adelantar, ni deben esperar el menor progreso como se ha esperimentado sin intermision desde que el padre Luis de Valdivia dió aparente valor a la imaginaria utilidad de las conversiones, sin conseguirse otra cosa que hacer crecidos gastos al erario. Todo esto se aparenta en abultados papeles (pongo por testigos a todos los reverendos obispos que ha tenido, i tiene Chile, que aquellos aun viven en sus informes); pero lo cierto es que se conoce con evidencia que ellos quedan en su idolatría, i en la misma independencia, con perjuicio suyo, i sin utilidad del Estado. Los jefes subalternos hacen lo mismo. Lisonjean a los gobernadores, i siguen adoptando sus ideas; ni les conviene otra cosa para negociar sus ascensos. Si no siguen este método, conspiran al gobierno contra sí, i por amantes de la verdad, i buenos servidores del rei, sufren atrasos irreparables, i ninguno es tan necio que no acierte a escarmentar en cabeza ajena. I este es el modo de que el rei haga inútiles desembolsos de su erario, quedando frustrada su real piedad hacia aquellos miserables, i ademas tiene que recibirlo por buenos servicios, i alargar la real mano para el premio. Esta fué la conducta de casi todos los gobernadores que tuvo Chile en este siglo, cuyas intrigas se han refinado i alambicado en estos últimos tiempos. I como estas máximas ya llegaron a lo sumo, i surtieron su efecto, i el camino de Chile a la corte es hoi mui trillado, se debe esperar que terminen por demasiado conocidas; i que penetrados de mejores pensamientos, muden de ideas, i propendan a los intereses reales, sin perder de vista los suyos (que bien se puede uno i otro), sin exasperar al vasallo (que en el dia es mui peligroso en aquella distancia), i sin olvidarse del público en los adelantamientos de un pais, que siendo por naturaleza feliz, no necesita de mano laboriosa para ver alejada de sí la decadencia en que la tienen la ambicion i la codicia

que le van de tierras mui distantes. Me arrebató la pluma el amor a la verdad, a mi soberano, a su real corona, i el que por obligacion es debido al público. Volvamos al argumento de la historia.

Al momento se convinieron los caciques a admitir la paz que se les proponia, porque ya se hallaban en estado de pedirla, i echaban todo el resto de sus fuerzas para dar este paso, i el señor doctor Traslaviña puso toda su eficacia para adelantar estos principios hasta ver logrado su deseado fin. Concluidas estas negociaciones, se suscitaron algunas diferencias sobre la eleccion del paraje para la celebracion del congreso en que se debian establecer las capitulaciones. Los indios pretendian ser los electores del sitio, i lo rehusaba el gobierno, a quien siempre ha correspondido esta regalía, pero el doctor Traslaviña le indujo a cederla con la condicion de ser el septentrion de la divisoria, i eligieron los araucanos las llanuras de Duqueco, en Negrete, por estar sobre las riberas del Biobio, que divide territorios i jurisdicciones.

Allanada esta dificultad, concurrieron a la asamblea ciento sesenta i cuatro caciques, i cuarenta capitanejos con mil ochenta i nueve mocetones de cuarenta i cinco parcialidades. Abierto el congreso en 25 de febrero de 1771, se finalizó el 28 del mismo, con las mismas ridículas ceremonias e inutilidad con que se han celebrado los demas parlamentos con aquellos bárbaros, que jamás pudieron guardar la fe a semejantes actos, que no pueden celebrar a nombre de su nacion porque los caciques no la respetan, ni pueden, ni tienen autoridad para representarla a causa de no tener especie alguna de gobierno. Concluido el congreso, se rompieron cuatro lanzas, i otros tantos fusiles, que se consumieron en el fuego a presencia de todo el concurso, en señal de que no se volverian a tomar las armas. Hicieron la ceremonia por parte de los españoles el teniente coronel don Pablo de la Cruz i Contreras, sargento mayor del ejército de Chile, i por la de los indios los toquis Curiñamcu i Lebian. Al tiempo que ardian las astas de las lanzas, i cajas de los fusiles, circulaban los araucanos al rededor de la hoguera. Cuando estuvieron ya candentes los fierros, se le dieron las banderas a don Miguel Gomez, comisario de naciones, para que las tremolase sobre la hoguera, i al mismo tiempo se extinguíó el fuego con vino. Curiñamcu tomó los fierros de las lanzas, i Lebian los cañones de los fusiles, i los pusieron en manos del gobernador, con lo que quedó concluida la ceremonia.

Despues se estendieron las actas de este congreso en catorce artículos referentes a los que se escribieron en los anteriores

res parlamentos. En su preámbulo se aparenta que los indios pidieron la paz, i que las armas españolas, victoriosas por los Andes, por Angol, i por Arauco, los estrecharon a su solicitud. Nada de esto hubo; todo cuanto se relaciona en aquel papelón, es notoria falsedad. Los indios salieron ventajosos en aquella campaña. Nada se hizo de provecho, ni hubo otra función bizarra que la del capitán don Juan de Ojeda, en Quiapo, i queda referida en el capítulo CVIII de este libro. I para inducirlos a la paz, internó el gobernador todo su respeto con don Miguel Gómez, íntimo amigo de los caciques pehuenchés, cuya nación es la que en el día pone la ley entre ellos; i para entrarle por vereda, i que se determinase a entregarse a discreción de aquellos bárbaros internando a su país, hizo capitán de infantería a su hermano don Baltazar Gómez.

El día que comenzó el parlamento, se arrimó al cerro de Negrete un trozo de cinco o seis mil indios conducido por el jefe general Ayllapagui, para sostener a los que concurrieron al congreso. Este hecho fué, según sus ritos, signo evidente de que no procedían de buena fe, ni de paz, i así lo hicieron conocer sus posteriores operaciones. En el parlamento prestaron consentimiento, i se manifestaron deferentes como acostumbran, a lo que se les propuso, i se comprometieron a cumplirlo, pero lejos de hacerlo, prosiguieron la guerra con más ventajas bajo las seguridades de aquella paz.

Las milicias españolas conocieron la mala fe de los indios, i no se les ocultaba que el doctor Traslaviña era el autor de aquella intempestiva paz que no debía producir buenas consecuencias, i unidas con el batallón de infantería que acababa de llegar de España a aquel reino i con la veterana de la frontera, determinaron asesinar a todos los indios que llamados bajo la palabra real habían concurrido a la asamblea, i fijaron para su atroz hecho la noche del 28 de febrero, último día del parlamento. Por casualidad llegó a noticia del maestre de campo, i la comunicó al gobernador. Este jefe en el momento se trasladó con el doctor Traslaviña (cuya vida corría riesgo) i toda su comitiva a la plaza de los Anjeles, con designio de esperar en ella las resultas, dejando encargado este negocio al maestre de campo, i demás jefes, quienes tomaron acertadas providencias para evitar aquella conspiración que lograron no tuviese efecto..

Sosegado el tumulto de españoles, que no pasó del amago, i obsequiados, i restituidos los indios a su país, despidió el maestre de campo las tropas milicianas para que marchasen a sus casas i partidos en atención a no necesitarse. Muchos milicianos marcharon a pie, i condujeron al hombro sus monturas has-

ta que hallaron amigos que les surtiesen de caballerías, porque el gobernador ántes de su partida para la capital por dictámen del doctor Traslaviña dejó órden para que se les embargasen cuatrocientos caballos que sirviesen de remonta de la caballería veterana, i se prorratoé este número entre todas las compañías que fueron a servir en aquella guerra. Igual golpe sufrieron los arrieros, i dueños de tandas de mulas. Les embargaron doscientas piezas para conducir municiones a las plazas, i fuer-tes de la frontera. I para que ninguno quedase sin tener algo que lamentar en aquel aniquilado distrito, dispuso tambien que no se pagasen de cinco a seis mil vacas que se tomaron a sus vecinos para dar racion de carne fresca a las tropas milicianas. Dejó el gobernador aquella parte de su gobernacion llena de quejas, i lamentos, i de peor condicion que estuvo cuando era viva la guerra, porque el doctor Traslaviña se interesó en hacer ver que el gobierno togado fué mas sabio, mas guerrero, mas equitativo, mas suave, i mas acertado que el del militar elejido por el virei; corre impune la tramoya chilena, i ella es la que a hombres que tuvieron su oríjen en el polvo de la nada les ha hecho parecer grandes a vista de la sábia Europa que nada se le ocul- ta aun de lo mas distante.

El gobernador, luego que el maestre de campo le avisó que-daba evitado el tumulto premeditado contra los indios (1771), salió con su comitiva el 3 de marzo para la capital sin volver a la ciudad de la Concepcion, i sin poner mano en los asuntos de gobierno de que había necesidad en aquella provincia casi desolada. Aparentaba estar satisfecho de que dejaba estable-cida una paz inalterable: pero preguntado en la capital por el estado en que quedaba aquella frontera, no dudó responder que la había dejado del mismo modo que la halló. Las consecuen-cias de este método tuvo que sufrirlas todo el territorio de la provincia de la Concepcion.

Prosiguieron en ella la inquietudes de los indios, i la amena-zaban por todas partes. Los españoles no se determinaban a poblar sus estancias, viendo que todo el territorio estaba en descubierto, i a merced de bárbaros, i sin fuerzas que enfrena-sen su残酷; confiado el gobernador sobre la palabra de unos hombres que jamás tuvieron ni conocieron la fidelidad. Para contenerlos meditó el gobernador el arbitrio de que el ca-pitan don Baltazar Gomez celebrase con ellos en su propio pais algunas juntas dirijidas a que cumpliesen religiosamente los tratados del parlamento; i en 2 de junio i 30 de octubre del mis-mo año de su celebracion se tuvieron dos en la parcialidad de Quechereguas, i otra en la de Maquegua, el 26 de diciembre, i

sufrió el erario sus gastos sin conseguirse el fin que se pretendió.

Esta idea salió vana, i continuaban las hostilidades, pero se llevó adelante. Mandó el gobernador se les convocase para otro congreso que debía celebrarse en la capital, a donde serían conducidos los caciques i sus comitivas de cuenta del erario desde el momento de salir de sus casas. Admitieron en 26 de enero de 1772. Se pusieron en viaje cuarenta i dos caciques, tres enviados, catorce capitanejos, i ciento ochenta mocetones conducidos por el sargento mayor don Domingo Alvarez Ramírez en caballería de los vecinos que residen en el camino que conduce de la frontera a la capital, i las dan involuntariamente, porque jamás se les paga el alquiler, ni la pieza si se pierde. El 11 de febrero siguiente llegaron a la capital, que dista cien leguas de la frontera, i el 13 tuvo el gobernador una conferencia con ellos dirigida a su quietud, i que cesaran las hostilidades con que infestaban el territorio español contra lo estipulado en la paz de Negrete, a cuyas condiciones i capítulos en nada se les había faltado. Autorizaron esta asamblea el reverendo Obispo, la Real Audiencia, el Ayuntamiento, i la mayor parte de los vecinos visibles. Los caciques oyeron con indiferencia la reconvenction, se produjeron mui condescendientes, i admitieron todas las proposiciones del gobierno sin la menor repugnancia, ni exámen. Con este acto insustancial, que lo hace mas ridículo; la asistencia de los tribunales a vista de unos hombres ebrios, flajiciosos, e indolentes, que con insensata indiferencia hacen ilusorios los mas racionales i serios tratados, se terminó esta negociacion sin la menor consecuencia. Se embriagaron mucho, que es todo su ídolo, i regresaron a su país mui obsequiados. Causaron al vecindario en su regreso los mismos perjuicios que el viaje. Se quedaron con la última remonta que dió el vasallo para que llegasen a sus parcialidades, i reconvendidos para su devolucion, tuvieron la insolencia de responder "que pagase el rei, pues ellos no habían salido de su país a asuntos tuyos, sino a negocio interesante a los españoles, i mui rogados del gobernador."

Conocieron debilidad aquellos bárbaros, vieron descubierta la frontera. Advirtieron que las plazas i los fuertes no tenían mas fuerzas que para mantenerse de puertas adentro, i emprendieron hostilizar con mas vigor la isla de la Laja. Se hizo jefe de los partidarios el toqui Ayllapagui, i fué el indio mas ladrón que se conoció en aquellos tiempos. Enviaba con frecuencia dos o tres partidas por diferentes partes, i apostaba sus centinelas en los cerros mas elevados que tienen sobre el Bio-

bio, para observar los movimientos de los españoles, i avisar de ellos a sus partidas por medio de las señales que les daba, i le salió tan bien esta operacion, que no daba golpe en vago.

El maestre de campo orientó al gobernador en esta conducta de los indios, i resolvíó este jefe que los convocase para una junta jeneral. Se nombró presidente de ella, señaló la plaza de los Anjeles para su celebracion, i mandó que en ella les reconviniése i amonestase sobre su conducta, i sobre sus transgresiones de la paz de Negrete, i sobre la falta de fe en lo estipulado en la conferencia de la capital celebrada con la autoridad que hemos referido. El maestre de campo conocia la inutilidad de esta asamblea, pero obedeció sin réplica, i procedió a la convocatoria. Nada dudaron los caciques en la admision del convite. Se pusieron en marcha al tiempo prefijado, i concurrieron al congreso mas de doscientos de cincuenta i cinco parcialidades, con cuarenta i nueve capitanejos, i mil cuatrocientos ochenta i cuatro mocetones. Se dió principio a la junta el 21 de noviembre de 1772 con las ridículas ceremonias, que accediendo a las costumbres de los indios, tiene ya establecidas la práctica. Les reconvino el maestre de campo sobre sus hostilidades, i sobre su irrellijiosidad en el cumplimiento de los tratados de paz. Les protestó seriamente, que al indio o partida de ellos, que se encontrase robando en territorio español, se le castigaria con pena capital. Se convinieron fácilmente los caciques. Bebieron mucho vino. Recibieron las dádivas acostumbradas, i regresaron a sus parcialidades, graduando aquella asamblea por lo respectivo a los puntos que en ella se trajeron, con la misma indiferencia que a los demás actos de esta naturaleza, i con aquella especie de insensibilidad con que se conducen en todo asunto serio. Están persuadidos que estas asambleas es un agasajo, que se les hace dirigido a que coman, i se embriaguen. ¿Quién no ve que con el dinero gastado en las juntas que hemos referido se les podia escarmentar de modo que miraran con respeto la línea divisoria? Todos lo conocen, pero se lisonjean con la pacificacion, i conversion al cristianismo, que no hai, i se conoce que no puede haberla si no se varía de método, i el infeliz vasallo lo padece en incomodidades personales, en su hacienda, i en su vida. ¡Oh! i de cuántas vidas tiene que dar cuenta a Dios este sistema! i al rei en los inútiles desembolsos de su erario: i todo ello a nada conduce, i quedan en sus antiguos errores.

Luego que estuvieron en sus parcialidades los que concurrieron a la junta, i el maestre de campo en la ciudad de la Concepcion, volvieron a repetir las mismas hostilidades, pero ya

descaradamente resueltos a quitar la vida a los españoles que saliesen a la defensa de sus ganados, i efectivamente lo ejecutaban. Repitió el maestre de campo sus avisos al gobernador, pero este jefe se desentendió, porque ya se acercaba la llegada a aquel reino del gobernador provisto por el rei.